

PERMISO PARA INVADIR LA TIERRA

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



PERMISO PARA INVADIR LA TIERRA

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

622 - *Fama intergaláctica* - Adam Surray

623 - *Multimán*. Lou Carrigan

624 - *El zoo espacial*. Ralph Barby

625 - *Perdidos en el "Año Luz"*. Frank Caudett

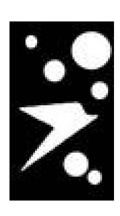
626 - *Karalai y los clónicos*. Kelltom McIntire

Glenn Parrish

PERMISO PARA INVADIR LA TIERRA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 627

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 23.212-1982

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: agosto, 1982

2.ª edición en América: febrero, 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

El cazador avistó la presa y se dispuso a su captura. Con gran sigilo, Lanney preparó el rifle cargado con dardos venenosos, que causaban la muerte del animal en contados segundos y que evitaban desperfectos en la piel. Era, además, un método relativamente benigno, puesto que el animal moría sin sufrimientos. Sentía solamente un pinchazo y a los pocos momentos perdía el conocimiento, para morir antes de medio minuto.

Era un magnífico ejemplar de niryx, de casi un metro de largo, cuya piel dorada, de largos y suaves pelos, como jamás se había conocido en la Tierra, alcanzaba elevadas cotizaciones en los mercados interplanetarios. Lanney tenía ya medio centenar de dichas pieles en su astronave y cuando las llevase a vender, no esperaba conseguir menos de cincuenta mil garants por cada una de ellas.

El garant terrestre, unidad interplanetaria de moneda, tenía en aquellos momentos una cotización muy elevada. En Sharkhold-10, planeta donde, prácticamente, se centralizaban las operaciones de compraventa de pieles, el garant se pagaba casi a un dieciocho por ciento sobre la cotización de la moneda base interestelar, el crédito, que valía, oficialmente, diez garants pero que no se podía adquirir a menos de ocho.

Todos estos pensamientos cruzaron por la imaginación del cazador en fracciones de segundo. Puso un dardo tóxico y tomó puntería.

El niryx se detuvo y le miró, como si presintiese su suerte.

Por un momento, Lanney se sintió irresoluto.

Los ojos del animal, tan semejante a un perro San Bernardo terrestre pero más largo y esbelto, eran muy dulces. Acaso por primera vez en su vida nómada de cazador, Lanney sintió piedad de un animal.

Obedeciendo a un impulso irresistible, bajó el arma.

—Anda, vete —murmuró.

El niryx se había vuelto hacia él. De haber continuado su carrera, Lanney no le habría perdonado la vida, porque no se habría enfrentado con aquella mirada casi humana. Sonrió, mientras la bestia, que casi parecía de oro, trotaba ágilmente entre la espesura y desaparecía de su vista.

—Soy un sentimental —masculló, disgustado consigo mismo—. Ahí, al alcance de la mano, tenía nada menos que cincuenta mil garants, el sueldo anual de un ministro, y los he dejado escapar como un imbécil. Voy a fundar una Sociedad Protectora de Niryx, y me nombraré presidente. Sobre la frente me pondré un rótulo que diga: «idiota congénito» y…

Lanney se interrumpió súbitamente. Cerca de él sonaban unas voces humanas.

El cazador se sintió extrañado, porque creía hallarse en un planeta deshabitado. Eran dos personas las que hablaban, hombre y mujer, y aunque no se sentía particularmente inclinado a escuchar conversaciones ajenas, captó una frase que no pudo por menos de llamar su atención.

—Es un asunto seguro, tan seguro como la estrella que nos está alumbrando, señora. En menos de dos meses, puedo poner la Tierra a tus pies —dijo el hombre.

Lanney arrugó el entrecejo. Aquel tipo estaba hablando de su planeta y parecía como si tuviese el dinero suficiente para comprarlo. Luego lo ofrecía a una mujer… ¿acaso como regalo de bodas?

—¿Es que se ha creído que mi planeta es un juego de cubiertos de plata? refunfuñó.

Avanzó unos pasos más y se tendió en el suelo. Arrastrándose como una serpiente bajo los matorrales, adelantó unos cuantos metros y entonces se encontró con una escena sorprendente.

Delante de él, a unos trescientos metros, había un conjunto de edificios de gran elegancia, pero muy sencillos al mismo tiempo, en torno a los cuales se veían numerosas personas, la mayoría de las cuales parecían entregadas a trabajos de acondicionamiento del terreno. Estaban construyendo unos jardines, adivinó en seguida, el suelo estaba abierto por muchos sitios, a fin de sepultar las cañerías que llevarían agua a las fuentes y surtidores que iban a instalarse sin

duda en aquellos parajes.

Era fácil ver que alguien, con mucho dinero, quería construir en aquel lugar una residencia de recreo. Pero, por lo que estaba viendo, iba a ser un palacio más que una simple casa para las vacaciones.

La pareja estaba a pocos pasos y no se habían apercibido todavía de su presencia. Ella se volvió hacia el hombre y le formuló una pregunta:

—¿Cuál será mi beneficio en la operación, Eudyrnos?

—El cincuenta por ciento, señora —respondió el hombre.

En aquel instante, Lanney reconoció a las dos personas que conversaban y ahogó una exclamación de sorpresa.

* * *

La mujer tenía casi sesenta años y era de mediana estatura. Había ya muchas arrugas en su rostro nada atractivo, no por la edad, sino por la expresión de fría crueldad que palpitaba casi constantemente en sus facciones. Vestía una sencilla túnica azul claro, con orlas doradas, y en la mano izquierda lucía un anillo con una colosal piedra, del tamaño de un huevo de paloma.

Pendiente del cuello llevaba una pesada cadena de oro, que sostenía un medallón que casi parecía un plato. Lanney vio en el medallón las armas de Evorhyx-3 el planeta contiguo, y no necesitó mucho más para deducir la personalidad de la mujer.

Era Thavyra L'Shull, gobernadora del 7º Hipersistema, cuya capital se hallaba en Evorhyx-3. Se preguntó qué podía hacer en aquel mundo que, hasta entonces, había estado deshabitado.

El hombre era alto, casi dos metros, una mole de carne y huesos, que parecía capaz de derribar las paredes a golpes de su poderosa frente. Vestía una chaqueta de manga corta, que llegaba hasta las caderas, verde, con pantalones muy ajustados de un color algo más oscuro. En torno a la cintura llevaba una ancha tira de cuero, adornada con escamas doradas, de la que pendía una temible pistola disgregadora.

El pelo del sujeto era rojo como el fuego y debajo de las cejas, que

parecían dos cepillos, brillaban unas pupilas casi amarillas, como de gran felino. Una vez, sólo una, había tenido tratos Lanney con Eudyrnos Farhan, el mercader, y se había jurado no venderle en lo sucesivo ni siquiera un pelo de niryx.

Continuó atento a la conversación. Thavyra volvió a hablar:

—Has dicho el cincuenta por ciento, Eudyrnos.

—Exactamente, señora.

—La Tierra no será fácil de conquistar.

Eudyrnos emitió una sonrisa de suficiencia. A Lanney le pareció la de una serpiente en el momento de lanzarse sobre un indefenso pajarillo.

—No sería fácil, si fuésemos a tambor batiente y con banderas desplegadas. Pero cuando el invadido no se da cuenta de que le invaden, entonces la conquista resulta tan fácil como arrancar una pera madura del peral.

—Aquí no hay perales, aunque pienso hacerlos plantar, y también otros frutales —dijo Thavyra—. Noratt-02 es un planeta muy tranquilo, incontaminado y lejos de las espesas muchedumbres que pululan en Evorhyx-3. Vendré aquí con mucha frecuencia, créeme.

—Necesitas descansar de tus pesadas obligaciones, señora —dijo Eudyrnos aduladoramente—. Gobernar el 7º Hipersistema no es tarea fácil, señora.

—Lo sé —suspiró ella—. Bien, dejemos para otro momento mi residencia de descanso. ¿Qué hay de tus planes, mercader?

—No puedo invadir la Tierra sin tu permiso, señora.

— ¿Cómo? —se sorprendió Thavyra—. Creí que sólo tendría que financiar en parte la expedición...

—De la parte financiera me ocupo yo, señora. Sólo necesito un permiso escrito, firmado por ti, con tu sello, el cual, puedes estar segura, no mostraré sino en casos muy extremos, a fin de que pueda lanzarme a la conquista de ese planeta, sin temor a ulteriores complicaciones legales.

—Las habrá, Eudyrnos —objetó ella.

—No, señora. En estos momentos, la cotización del garant terrestre

está muy alta. Ayer mismo, el crédito interplanetario estaba ya a siete coma noventa y nueve puntos, cuando la cotización oficial es de diez garants por un rédito. Y esta moneda tiende a la baja.

— Pero no entiendo... ¿Sólo porque el garant esté alto hemos de invadir la Tierra?

—Puedes alegar que los terrestres han elevado artificialmente la cotización de la moneda. Tu Hipersistema está padeciendo por esa causa y tienes pleno derecho a evitar esos perjuicios.

—Con una invasión de la Tierra, el garant bajaría.

—Se pondría a la par con el crédito en pocas semanas.

Pero eso no sería lo mejor, sino que podríamos intervenir todo el comercio y la industria de la Tierra. Impondríamos un canon por tonelada de mercancía y... ¿no te imaginas los beneficios que podríamos obtener?

— Mercader, los terrestres se opondrán, tenlo por seguro —arguyó Thavyra.

— Lo tengo todo previsto, señora.

—¿Sí? ¿Cómo?

— Permíteme que me reserve el secreto...

— Eudyrnos, si hemos de ser socios, deseo conocer todos los detalles de la operación —exclamó ella enérgicamente—. No te concederé el permiso de invasión, si no te explicas adecuadamente.

—Bien, señora —contestó el mercader—. En primer lugar, has de saber que llevo ya tiempo preparando esta operación. Tengo cierto número de agentes en la Tierra, en su momento, empezarán a actuar. Luego desembarcaré con mis tropas...

— ¿Tus tropas? —se extrañó la mujer, pero también reía burlonamente.

—He contratado diez mil guerreros de Haphor-9, señora.

Puedo transportarlos en cinco naves, apenas tenga noticias de que la operación ha comenzado. Los haphoritas serán mis fuerzas de seguridad y no habrá terrestre que pueda resistirse.

—Conozco Haphor y a los haphoritas —dijo Thavyra—. Son gentes salvajes, que disfrutan derramando sangre ajena...

—Precisamente lo que se necesita en la Tierra —rió el mercader—. Los haphoritas se impondrán por el terror y no habrá terrestre que se atreva a alzar un dedo, cuando haya visto rodar unas cuantas cabezas por el suelo.

—Contratar mercenarios tiene un riesgo: un día, pueden sublevarse contra ti y convertirse ellos en los dueños de la Tierra.

—De momento, estarán muy ocupados pacificando el planeta. Cuando la conquista sea un hecho y tenga mis propias fuerzas de seguridad, los haphoritas dejarán de ser un problema.

—Los devolverás a su planeta.

Eudymos demoró la respuesta unos segundos. Luego asintió:

—Sí, señora, los haré regresar a Haphor —repuso.

—Mercader, conozco un poco la historia de la Tierra. En tiempos muy remotos, algunos reyes daban permisos a sus súbditos, para que atacasen naves de otros reyes, con los cuales no estaban oficialmente en guerra. Era lo que se llamaba conceder patente de corso.

—También yo conozco el procedimiento —contestó Eudymos—. Bien, si quieres llamarlo así, me convertiré en un corsario, pero los resultados serán los mismos. Dame tu patente de corso..., perdón, el permiso de invasión, y antes de un año, repito de nuevo, tendrás la Tierra a tus pies.

—Conforme, mercader, pero con una condición.

—¿Cuál, señora?

—Tendrás un comisario mío vigilando tus operaciones.

Más tarde, estableceremos un contrato que no deje el menor resquicio a la duda. Si mi comisario advierte que incumples una sola cláusula, te retiraré mi protección y declararé nulo el permiso de invasión.

—Acepto esa condición, señora. Ya tengo el contrato redactado...

—Luego se lo entregaré a mi secretario personal, para que lo revise y me asesore. Mientras tanto...

En aquel mismo momento, el cazador percibió en su pierna derecha un extraño contacto. Volvió la cabeza y sintió que un sudor frío brotaba inmediatamente de su frente.

Aquella cinta amarilla y naranja que se deslizaba insidiosamente por encima de su pierna era una de las serpientes más venenosas de Noratt-02. En menos de un minuto, la persona mordida por uno de aquellos reptiles moría en medio de horribles sufrimientos.

El tenía su rifle en las manos, pero, aunque lo disparase y consiguiera un blanco, la serpiente le mordería y no tendría salvación.

Permaneció inmóvil, con el sudor cayéndole a chorros sobre los ojos, contemplando al reptil, que parecía haberse detenido, como si buscase un punto adecuado para su letal ataque.

La serpiente se irguió hasta medio cuerpo y sus afilados colmillos surgieron blancos, siniestros, brillando ominosamente entre el ramaje. Lanney se dio cuenta de que se disponía a morder y, desesperado, supo que ya no podía hacer nada por evitarlo.

Podía matar a la serpiente, pero él también moriría.

CAPÍTULO II

Repentinamente, una mancha dorada surgió entre la espesura y se precipitó sobre la serpiente. El reptil contorsionó el cuerpo, pero el animal atacante hizo un hábil quiebro y atacó por detrás. Mordió en la conjunción de la cabeza con el cuello y el reptil quedó fulminado.

El animal miró a Lanney, todavía con la serpiente en la boca. Lanney lo reconoció en el acto.

—¡Cielos, es el niryx que dejé escapar! —exclamó sin poder contenerse.

Los ojos del animal tenían una expresión casi humana. A Lanney le pareció que incluso sonreía.

De pronto se oyó una gruesa interjección al otro lado de los arbustos.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?

Lanney maldijo entre dientes. Sin darse cuenta había hablado en alta voz y su presencia había sido advertida.

Inmediatamente se puso en pie de un salto. Eudymos corría hacia él, con la pistola disgregadora en la mano.

—¡Alto! —ordenó Lanney—. Tira el arma o te clavaré un dardo venenoso.

La sorpresa paralizó a Eudymos, quien, sin embargo, no soltó su pistola. Lanney apoyó en el hombro la culata de su rifle.

—Puedes matarme con tu pistola, pero el dardo venenoso saldrá al mismo tiempo y no tendrás salvación —añadió.

Con un gesto de furor. Eudymos tiró el arma a un lado.

—¿Quién eres? –preguntó.

— Lanney, cazador.

—Estás aquí ilegalmente...

—No eres tú quien puede hablar de legalidad —contestó Lanney burlonamente—. Que yo sepa, no hay ley galáctica que prohíba la caza en un planeta deshabitado, siempre que no se amenace la supervivencia de una determinada especie, y aquí, en Noratt-02, abundan mucho los niryx...

—Mercader, ¿quién es ese hombre? —preguntó Thavyra en aquel momento.

— Dice que es un cazador, señora —contestó el interpelado.

— Arréstalo. Habrá estado escuchando...

— No puedo, señora. Me está encañonando con un rifle que dispara dardos venenosos, de los que utiliza para cazar animales valiosos por su piel.

—Sólo quiero marcharme en paz —declaró Lanney—. Soy un cazador y los problemas de política no me interesan en absoluto.

— Pero eres terrestre, ¿verdad? —dijo Eudyrnos.

—Lo admito.

— En tal caso, no podemos permitir que te marches.

—¿De veras? —Lanney sonrió, a la vez que avanzaba unos pasos—. Atrévete a impedírmelo.

La boca del rifle se apoyó en el pecho de barril de Eudyrnos.

—Atrás —ordenó el cazador—. Retrocede...

Eudyrnos obedeció. Sin dejar de mirarlo, Lanney se agachó, recogió la pistola disgregadora y la atravesó en su cinturón.

— Lo siento, gobernadora —se dirigió a la mujer—. Perdona esta falta de respeto hacia tu augusta persona, pero yo, cazador de pieles, tengo que pensar en mi propio pellejo.

Ya no dijo más. Dio media vuelta y se precipitó como un huracán a través de los arbustos, pensando únicamente en alcanzar su nave y en escapar de aquel planeta, antes de que Eudyrnos pudiera organizar la persecución.

Debía modificar sus planes, se dijo. Ya no podía ir al mercado de pieles. Lo primero que tenía que hacer era avisar a la Tierra del inminente peligro que corrían...

Se preguntó qué plan había ideado Eudyrnos para la conquista del planeta. No le resultaría demasiado difícil. Total, ahora, en la Tierra, en pleno siglo XXX había solamente media docena de ciudades, ninguna de las cuales alcanzaba los quinientos mil habitantes...

Otros dos o tres millones de terrestres vivían dispersos en núcleos de población mucho más pequeños o en edificios aislados, granjas y ranchos ganaderos, principalmente. Sí, la Tierra era un bocado demasiado fácil para un sujeto desprovisto de escrúpulos, como Eudyrnos Farhan, el mercader más importante del 7º Hipersistema.

De repente, se dio cuenta de que no estaba solo.

El niryx galopaba a su lado. Era un animal de hermosa silueta, que se movía con suma facilidad. Los pelos, largos, finísimos, parecían espuma de oro que formaba una especie de aureola en torno a su cuerpo. En aquellos momentos, se alegró de haberle perdonado la vida.

—Porque, de otro modo, ahora yo estaría muerto… El niryx emitió un estridente chillido. A Lanney le pareció que era un grito de alegría.

—¿Habré encontrado yo un perro fiel y él un amo generoso y comprensivo? —se preguntó, sin dejar de correr.

La vida azarosa y nada cómoda del cazador profesional, había endurecido su cuerpo y vigorizado sus músculos hasta extremos que parecían increíbles a quienes no le conocían bien. Su nave había quedado a unos seis kilómetros de distancia y a la mitad del recorrido se mostraba tan ágil como al principio.

El niryx no daba tampoco señales de fatiga.

—Te llevaré conmigo —dijo.

El animal volvió a chillar. Viéndolo a su lado, Lanney empezó a sentir remordimientos por los cientos de niryx que había matado para lucrarse con sus pieles.

—Está visto que no se puede conocer bien a las personas ni a los animales o se te ablanda el corazón — rezongó.

La nave estaba ya a la vista, reluciendo entre el follaje.

Súbitamente, Lanney oyó un agudo silbido sobre su cabeza.

Levantó los ojos. Una exclamación de rabia acudió inconteniblemente a su garganta. El aeromóvil, con las armas de Thavyra, se le acercaba con toda rapidez.

Algo brilló en el vientre del aparato y descendió raudamente hacia el suelo. La esfera plateada chocó contra el suelo a dos pasos delante del cazador.

Luego explotó en una masa blanda, gelatinosa, que se esparció rápidamente por la atmósfera. Lanney no pudo refrenar su marcha y se metió dentro de aquella red que había surgido tan inesperadamente.

Al contacto con su cuerpo, los hilos, que parecían de una tela de araña, aunque bastante más gruesos, se enroscaron en torno a él, envolviéndole por completo y privándole absolutamente de todo movimiento. Lanney pudo dar un par de pasos más, antes de sentir sus piernas envueltas en aquellos hilos, y cayó al suelo.

El niryx huyó, lanzando chillidos de terror. Lanney intentó debatirse, pero todo fue inútil.

Además, la red estaba impregnada de una sustancia que despedía un olor dulzón, repulsivo. Lanney no pudo evitar la aspiración de unas cuantas bocanadas y se dio cuenta de que el olor procedía de un potente narcótico. Desesperadamente, se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento, pero no podía evitarlo.

Se preguntó si volvería a despertar. La pérdida de la consciencia sobrevino rápidamente, librándole de una amarga duda.

* * *

Nervioso, punto menos que desquiciado mentalmente, se paseó arriba y abajo en el escaso espacio de su encierro.

Había despertado una semana antes, calculaba, ya que empezaba a perder la noción del tiempo, encontrándose en una celda con paredes de cemento, cuya ubicación exacta desconocía. La celda disponía solamente de un angosto ventanuco, que no le permitía apenas la visión de un trocito de cielo azul.

Disponía de una cama, una silla y una mesa, un silencioso guardián le traía de comer, retiraba los platos del anterior servicio y se marchaba sin haber pronunciado una sola palabra.

Cada vez era un guardián distinto, pero todos teman una cosa en común: en ningún momento contestaban a las preguntas que el cazador les formulaba desesperadamente.

Lanney se preguntaba una y otra vez si iban a tenerle encerrado allí para siempre, una especie de prisión por razones de Estado, que se mantenía en secreto. El prisionero era encerrado sin publicidad y mantenido en la cárcel hasta que fallecía de muerte natural.

Amaba los espacios abiertos, la emoción de la caza, la incertidumbre de conseguir una presa demasiado hábil, el soplo de la brisa, el verdor de los campos, las azules aguas de los ríos y arroyos... y cada vez que pensaba que podía pasar el resto de sus días entre cuatro grises paredes, se sentía a punto de enloquecer.

Bruscamente, cuando menos lo esperaba, se abrió la puerta de la celda.

Lanney cesó en sus paseos. Una hermosa mujer apareció en el umbral y contempló al prisionero con ojos más críticos que curiosos.

Lanney se dio cuenta al instante del elevado rango de la mujer y decidió mostrarse respetuoso por el momento. Ya llegarla la hora de ser violento, si resultaba preciso, pensó.

Ella era joven, alta, de formas majestuosas, pelo claro y ojos verdosos. Vestía una especie de peto, que ceñía apretadamente unos senos firmes y turgentes, y unos pantalones cortos, que llegaban a medio muslo. No llevaba armas y, sobre su seno, descansaba un medallón con las armas de Thavyra, aunque un poco más pequeño que el de la gobernadora.

—Soy Brunilda Oxmorth —se presentó.

— Debes saber ya mi nombre —supuso el prisionero.

Ella asintió. Luego se volvió hacia alguien invisible desde el interior de la celda y ordenó:

— Déjanos solos.

—Sí, señora.

La puerta se cerró. Brunilda volvió a mirar al prisionero. El silencio se hizo incómodo para Lanney, pero no quiso hablar el primero. Mostrarse alborotador, protestar de su prisión, declarar su inocencia, pensó, era algo que no le serviría para nada.

—¿Tu nombre? —preguntó ella, después de un largo espacio de silencio.

—Wayne Frederick Lanney, cazador. Todos suelen llamarme Rick, señora —contestó el prisionero.

—Yo soy el comisario nombrado por Su Infinita Gracia, la gobernadora del 7º Hipersistema, para controlar las acciones de Eudyrnos en tu planeta —dijo la joven sorprendentemente.

* * *

Lanney abrió la boca, estupefacto.

—¿Tú… el comisario?

— El título adecuado es representante personal de Thavyra —puntualizó Brunilda—. Pero ése es un detalle sin importancia, me parece.

—Para mí, ninguna. Quizá, los que vayan a morir en la Tierra, tengan algo que decir al respecto. Pero no les dejarán, claro —contestó Lanney cáusticamente.

—Creo que estuviste escuchando la conversación que sostenían la gobernadora y el mercader.

—Dos perfectos sinvergüenzas, señora.

—Respeto tu opinión, pero no la comparto. Sin embargo, quisiera hacerte ver una cosa —dijo ella.

Lanney se encogió de hombros.

— No tengo más remedio que escucharte — dijo.

— Viajaré a la Tierra, apenas consumada la invasión, y vigilaré de cerca a Eudyrnos, para que no rebase las atribuciones que le han sido otorgadas por el contrato que firmó con Thavyra.

—Ah, ya, la patente de corso.

—Llámalo como quieras, pero es un permiso de invasión que está plenamente justificado por las circunstancias— En fin, dejando de lado este tema, quiero hacerte una proposición.

—¿Me vas a poner en libertad?

—Depende de ti, cazador.

Lanney sonrió.

—Ah, conoces mi profesión.

—Encontramos tu nave atestada de valiosas pieles. Eudymos se encargará de venderlas. Dijo que no sacaría menos de tres millones de garants en Sharkhol-10. El crédito ha vuelto a bajar y está ahora a

siete coma ochenta y uno con respecto a la moneda terrestre.

—Eso significa menos de cuatrocientos mil créditos.

—Aun así, es una suma muy elevada.

—Que irá a parar a los bolsillos de un sinvergüenza —rió Lanney amargamente—. Pero continúa, por favor.

—Iré a la Tierra, repito, pero necesito personas que me asesoren en aspectos que desconozco. Tú podrías ser el jefe de mi gabinete de consejeros, sin relación alguna con el mercader y teniendo únicamente que rendir cuentas de tus acciones ante mí, es decir, la representante personal de Thavyra.

Lanney oyó aquellas palabras y creyó que soñaba.

Le proponían colaborar en la conquista de su propio planeta.

CAPÍTULO III

Brunilda aguardaba en silencio la respuesta del prisionero.

Al cabo de unos segundos, Lanney meneó la cabeza.

—Lo siento, no puedo aceptar —dijo.

—¿Por qué? Es un buen puesto, sin demasiado trabajo, con un excelente salario...

—No puedo —insistió él—. Mujer, escúchame. Soy un cazador y la política me importa menos que un tallo de hierba seca. No me importa quién gobierne ni lo que haga, con tal de que lo haga medianamente bien y no limite la libertad de las personas. La Tierra es mi planeta, desde luego, pero si me ofrecieses ese mismo puesto en la conquista de otro planeta, lo que significa sojuzgar y esclavizar a sus habitantes, también me negaría. ¿Lo has entendido ahora?

—A veces —dijo Brunilda sin inmutarse—, es preferible ceder antes que romperse.

—No me vengas ahora con el símil del árbol que se dobla y resiste y el que se mantiene erecto y se parte con el vendaval. Hay cosas absolutamente inadmisibles, y la invasión de mi planeta es una de ellas. De cualquier planeta, entiéndelo bien; no creas que pienso así solamente porque soy terrestre y los demás mundos habitados me importen un rábano.

—Insisto. En ocasiones, conviene ponerse de lado del vencedor…

—¿Habéis conquistado ya la Tierra? —preguntó él burlonamente.

—¿Me permites que te haga una demostración? Lanney movió la mano cortésmente.

—Adelante —invitó.

Brunilda se acercó a la puerta y tocó en ella con los nudillos, según lo que le pareció a Lanney una señal convenida. Un minuto más tarde, la puerta se abrió y el cazador pudo ver una enorme pantalla de televisión situada en la pared opuesta del corredor.

Dos soldados armados hasta los dientes flanqueaban la pantalla. Estupefacto. Lanney vio una masa de hombres, uniformados con unos trajes muy peculiares, que maniobraban por una ancha explanada, bajo las órdenes de sus oficiales.

La inmensa mayoría de aquellos soldados eran hombres muy robustos, de barbas hirsutas y, aunque usaban uniformes, se veía claramente que se sentían incómodos con unos ropajes a los que no estaban habituados. Todos ellos disponían de fusiles disgregadores, pero Lanney pudo apreciar, además, otras armas menos convencionales, aunque infinitamente más bárbaras.

La cámara de televisión hizo una aproximación de imagen.

Lanney vio hachas de doble filo, cuchillos ondulados, lazos de hierro, espadas de terrible filo, mazas con pinchos y agudísimos puñales, aparte de numerosos arcos de gran potencia, que disparaban flechas capaces de atravesar con toda facilidad a un hombre a doscientos pasos de distancia. Estupefacto, se volvió hacia la joven.

—Son haphoritas —dijo ella.

Lanney volvió a contemplar la escena. Ahora se veía el conjunto de tropas, en una explanada, al otro lado de la cual vio un paisaje que le resultó familiar.

—¿Están aquí?

—Sí. Se concentran, para el asalto definitivo.

— ¿Cuándo ocurrirá eso?

Brunilda sonrió por primera vez.

—No esperes que te lo diga, ni aunque aceptes el puesto que te he ofrecido. Y ahora, por última vez, dame una respuesta...

—¡No!

Ella se encogió de hombros.

—Aquí estarás, hasta que la Tierra haya sido conquistada. Entonces, recobrarás la libertad y podrás volver a tu vida de cazador.

—Es extraño. Pensé que sería condenado a muerte...

—No somos tan crueles —contestó Brunilda.

—Eso había que decírselo a los que van a morir a manos de esas fieras con uniforme.

—No habrá más víctimas que las indispensables, puedo asegurártelo.

—Y si todos los terrestres mueren, se dirá que resultó indispensable, porque no se dejaron conquistar.

Brunilda volvió a encogerse de hombros.

—Veo que no nos entendemos. He hecho todo lo que estaba en mi mano y lo siento. Adiós.

La joven desapareció. Lanney se quedó solo, entregado a sus amargos pensamientos, deshecho psíquicamente al imaginarse lo que iba a suceder en la Tierra dentro de muy poco tiempo.

Realmente, no sentía demasiado afecto por sus compatriotas. Vanos, engreídos, envidiosos... Pero eran seres humanos y no molestaban ni pretendían sojuzgar a los habitantes de otros planetas. Simplemente se limitaban a inventar, construir y comerciar.

Y todo ello podía quedar reducido a cenizas por la desmedida ambición de un desaprensivo mercader del espacio y la gobernadora de un Hipersistema carente de sentimientos humanitarios.

* * *

Tendido en su camastro, con las manos bajo la cabeza, contemplaba el techo con ojos ausentes. Se preguntó cuánto duraría la invasión y conquista de la Tierra.

¿Qué procedimiento iba a emplear Eudyrnos para ejecutar su plan?

Los haphoritas, indudablemente, estaban destinados a reprimir posibles acciones de una protesta. Eran hombres duros; implacables, y más adelante serían sustituidos por otros de entera confianza. Nativos de Evorhyx-3, sin duda alguna. Pero el empleo de tropas mercenarias encerraba ciertos riesgos…

Las meditaciones del prisionero fueron interrumpidas súbitamente por el ruido que hacía la puerta al abrirse. Lanney se incorporó.

Brunilda se hizo visible de nuevo.

—Estuve a verte hace tres días —dijo—. Pensé entonces que sería la última entrevista, pero he decidido darte una nueva oportunidad. A fin de cuentas, has tenido tiempo suficiente para meditar sobre mi proposición.

—La respuesta sigue siendo la misma —declaró Lanney—.

Pero, a mi vez, habrás de permitirme que te haga una advertencia.

—Por favor — accedió ella.

—Vais a emplear mercenarios para que os ayuden a conquistar la Tierra. Son hombres que han sido educados para guerreros desde que apenas saben mantenerse en pie: duros, salvajes, despiadados…

—Tienen un general que los manda con puño de hierro: Damon Zelshold. No consentirá el menor relajamiento de la disciplina. Incluso, aquí, se han producido dos casos de rebeldía, que han sido castigados rápidamente y ejemplarmente, con decapitación ante el resto de las tropas.

—De acuerdo, Zelshold gobierna a sus hombres con mano férrea. Pero, ¿quién lo gobierna a él?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Brunilda, sobresaltada.

— Los haphoritas son muy disciplinados y obedecen ciegamente a su comandante en jefe. Pero ¿y si a éste se le ocurre sublevarse, una vez conquistada la Tierra, y convertirse en su dueño y señor?

— No podrá. Estará sujeto a la autoridad conjunta mía y del mercader.

Lanney se echó a reir.

—Permíteme —dijo—. ¿No has oído hablar nunca de los peligros del bonapartismo?

Brunilda se puso pálida.

—Tratas de sugerir que...

—Es un posible riesgo. Quizá no suceda así, pero yo en tu lugar, tendría los ojos bien abiertos. Puede que luego te encuentres con una sorpresa nada agradable. Y, en medio de todo, tú aún saldrías ganando.

—Ganando, ¿qué? —preguntó ella.

—Eudyrnos y su estado mayor serían pasados por las armas, no lo dudes. Tú serías el trofeo del vencedor y desfilarías atada a la cola de su caballo, para acabar en su lecho.

Brunilda quiso decir algo, pero no lo consiguió. De pronto, dio media vuelta y se marchó con paso rápido.

La puerta se cerró de nuevo. Lanney volvió al camastro. Sentíase satisfecho. Era muy poco lo que había conseguido, pero sembrar la desconfianza y la inquietud entre los conquistadores de la Tierra era algo que podía resultar útil más adelante.

—Y, sin embargo, yo, aquí, entre cuatro muros intraspasables...

De pronto, oyó un ruidito extraño.

Parecía el de una máquina lijadora actuando a toda velocidad. Sonaba muy lejos y no le concedió la menor importancia.

* * *

El ruido continuaba produciéndose cuando llegó la noche. Lanney empezó a ponerse nervioso. ¿Quién diablos estaba usando una lijadora en las inmediaciones?

El guardián llegó con la cena, la dejó, retiró los platos vacíos y se marchó. Lanney no se molestó en hablarle; sabía de sobras que no obtendría la menor respuesta.

A veces, se sentía inapetente, pero se forzaba a sí mismo a tomar alimentos, para no debilitarse. La fuga parecía imposible, pero si disponía de tiempo, quizá un día...

Entonces le convendría encontrarse en plena forma física y dejando de comer no lo conseguiría. Después de cenar, pensó en acostarse.

—Una noche más —se dijo, resignado.

El ruido se acentuó bruscamente. Ahora sonaba mucho más cerca.

Lanney se sentía desconcertado. Repentinamente, oyó un ligero crujido y un trozo de pared, a pocos centímetros del suelo, se derrumbó, lanzando un poco de polvo al aire.

Un agujero circular apareció ante sus ojos atónitos. Algo se movía velozmente al otro lado del orificio que, pareció, se ensanchaba con enorme rapidez.

Entonces, Lanney vio algo que le pareció increíble.

El morro un tanto afilado de un animal de piel dorada se movía con indescriptible rapidez. Las mandíbulas se abrían y cerraban a gran velocidad y unos colmillos que debían de poseer la dureza del diamante, roían literalmente el cemento, como si en lugar de hallarse en la boca de un ser viviente, estuvieran en una perforadora eléctrica.

El animal continuaba su trabajo impertérrito, ensanchando el agujero como si estuviese dotado de conocimiento. Lanney percibió un soplo de aire fresco y se dio cuenta de que su celda ya tenía comunicación con el exterior.

Estuvo a punto de lanzar un grito de alegría, pero logró contenerse a tiempo. El agujero alcanzó al fin un diámetro de unos sesenta centímetros y entonces, un animal, cuya piel había perdido el brillo a causa del polvo recibido, saltó al interior de la celda.

Lanney, estupefacto, se puso en cuclillas.

—Dios mío, no me lo puedo creer...

El niryx ronroneaba satisfecho y se dejó acariciar. Luego emitió un débil chillido, como indicando que el paso estaba libre.

— Por nada del mundo voy a desaprovechar esta ocasión —se dijo.

Empujó al animal y éste volvió grupas. Lanney salió arrastrándose. Instantes después, se hallaba al aire libre.

Miró a su alrededor. La celda se encontraba en un bloque de edificios que había visto días antes desde lo alto de una loma.

—Conque una residencia de recreo, ¿eh? —murmuró sardónicamente.

Thavyra se construía un palacio de recreo y lo primero que hacía era instalar una cárcel para sus enemigos.

El niryx aguardaba a poca distancia, contemplándole expectantemente. Lanney supuso que sólo aguardaba su decisión, para encaminarse con él hacia los bosques.

Tenía la libertad al alcance de su mano. Podía perderse en las selvas de Noratt-02 y nadie le encontrarla jamás, y menos ahora que ya estaba prevenido. Pero, por otra parte, le disgustaba iniciar la fuga sin hacer algo en favor de los compatriotas que pronto iban a sucumbir ante el asalto de unos sujetos despiadados y sin escrúpulos.

Entonces fue cuando descubrió la zona brillantemente iluminada que estaba a unos dos kilómetros de distancia. Divisó también el brillo de un par de astronaves y se puso a pensar.

CAPÍTULO IV

Cuando iniciaba la marcha, percibió dentro de su mente un extraño sentimiento, algo que le era ajeno y no procedía de su propio cerebro.

Imágenes desconocidas aparecieron ante sus ojos. Flaqueó ligeramente y tuvo que sentarse en el suelo.

Las imágenes eran figuras geométricas de todas clases y de los más variados colores. Había triángulos, rectángulos, pentágonos, estrellas, trapecios, círculos...

Durante unos momentos, le pareció que iba a desmayarse.

Luego, con cierta rapidez, las figuras geométricas empezaron a transformarse en caracteres escritos perfectamente legibles.

Una mente extraña le dijo:

—«No lo hagas. Puede resultar peligroso.»

Lanney se sintió a punto de desmayarse. ¿Quién se comunicaba con él por telepatía?

—«Estoy a tu lado, hombre.»

El cazador se volvió. El niryx, sentado sobre los cuartos traseros, le contemplaba con ojos llenos de afecto.

—¿Eres tú? —dijo.

—«Sí, aunque no es necesario que alces la voz. Podemos comunicamos perfectamente sin necesidad de sonidos. Al menos, yo estoy incapacitado para emitirlos como los vuestros.» Lanney se pasó una mano por la cara.

—«Me siento muy mal —confesó, también mentalmente—. Nunca imaginé que un niryx pudiera resultar un ser inteligente... Estarás resentido conmigo; he matado cientos de congéneres tuyos...»

—«En gran parte, la culpa fue nuestra —respondió el cuadrúpedo mentalmente—. Somos un poco xenófobos y no quisimos comunicarnos nunca con seres de tu especie. El aislamiento no es bueno, cazador.

—«Sí, tienes razón. Pero ¿por qué me ayudaste?

—«Tú me perdonaste la vida, cuando me tenías a tu merced. Ciertos sentimientos xenófobos no deben excluir el de la gratitud.

—«Pero me salvaste de la mordedura de la serpiente.

—«Ah, de modo que consideras que con aquella acción ya había quedado en paz contigo.»

—«Bueno, yo...

— «Cazador, tú me necesitas y yo te necesito. Estás pensando en atacar a ésos guerreros.

—«Sí, es cierto.

—«No puedo impedírtelo, aunque pienso que vas a correr gravísimos riesgos.

Lanney sonrió ligeramente.

—«Sé moverme con tanto silencio como la serpiente que estuvo a punto de matarme» — respondió.

— «¿Tienes algún plan?»

La mano del hombre se movió hacia los objetos que relucían en la noche.

—«Voy a intentar destruirlas» — contestó.

—«Está bien. Te ayudaré en la medida de mis fuerzas.»

—«Gracias... por cierto, ¿tienes algún nombre?»

—«Hussin. ¿Te gusta?»

—«¡Claro que me gusta, hombre! Perdón... niryx...»

—«Ese es el nombre que nos dais vosotros. El nuestro es mucho más largo y complicado, aunque lo resumimos en una sola sílaba: «jha», que significa "el pueblo de oro”... »

—«La verdad, jha, es más breve que niryx —observó Lanney, dándose cuenta de la enorme comodidad que era emplear el cerebro para la comunicación—. De todos modos, te llamaré Hussin cuando «hablemos» y niryx al referirme a ti en mis conversaciones con otros seres inteligentes.»

—«Totalmente de acuerdo. Y ahora, dime, ¿cuál es tu plan?»

Lanney pensó un instante en los cientos o quizá miles de damas que utilizaban en su tocado pieles de niryx. Casi se sintió enfermo y se dijo qué pasaría si alguien imponía un día la moda de llevar como adorno pieles de seres humanos.

—«Trataré de introducirme en una de las naves y bloquearé el control del flujo de presión iónica. La explosión se producirá entre veinte y treinta minutos después de realizada la operación» — contestó.

—«Lo dificil será entrar en uno de esos aparatos» — comentó Hussin.

—«Quizá no tanto como piensas, si tengo un poco de suerte. ¿Vamos? »

Echaron a andar. Hussin dijo:

—«El día en que te capturaron, tuve miedo y te abandoné. »

—«El miedo es una sensación propia de todo ser viviente, pero, muy especialmente, de los seres con inteligencia. No te hagas reproches puesto que me has sacado de mi encierro. Sin embargo, tardaste mucho tiempo.»

—«Había demasiados olores y el tuyo apenas si se percibía. » — explicó Hussin.

Aquellos seres tenían también un exquisito olfato. En cuanto a los dientes... Se estremeció, al recordar la relativa facilidad conque habían roldo el cemento. «Que Dios proteja al que tenga la mala suerte de ser atacado por uno de estos seres», pensó.

Trotaron durante un rato y, al fin, llegaron a las inmediaciones del perímetro establecido por los haphoritas en torno a su campamento.

* * *

Las dos naves estaban en el centro de un círculo que no medía menos de dos mil metros de diámetro. Los haphoritas dormían al aire libre, aunque en grupos perfectamente delimitados. Seguramente cada grupo constituía una unidad de combate y Lanney estimó que cada una estaba compuesta por unos doscientos cincuenta o trescientos hombres . Medio batallón, calculó.

Contó dieciséis unidades, lo que daba un total muy próximo a los cinco mil hombres. Ello significaba, aproximadamente, la mitad de los efectivos que Eudyrnos pensaba utilizar para su invasión de la Tierra. Quizá era la primera oleada.

No había demasiados centinelas y los que se veían estaban muy desperdigados, indudablemente más bien por cumplir con unas reglas que por temor a un ataque enemigo que no tenía razón de producirse en aquellos parajes.

—Cuando uno va a la guerra, no se puede ser descuidado —murmuró.

A los pocos momentos, vio venir a un centinela, armado, como todos, con el fusil disgregador y particularmente con una pavorosa hacha de doble filo y un puñal de enormes dimensiones. Agazapado tras un matorral Lanney esperó el momento oportuno.

Entonces saltó por detrás y rodeó el cuello del haphorita con el brazo izquierdo. Hizo una terrible presión y el soldado se desplomó sin sentido a los pocos momentos.

Lanney lo arrastró hasta el otro lado de los arbustos y empezó a quitarle sus ropajes.

—«Un bonito método de ataque» —percibió la voz mental del niryx.

—«Era lo más adecuado. Habría podido quitarle su cuchillo y clavárselo en el pecho, pero no me convenía llevar un uniforme manchado de sangre.»

—«Está vivo. » — dijo Hussin.

—«Sí. »

—«Yo me ocuparé de él cuando despierte, no te preocupes.»

—«Muy bien. »

El cambio de indumentaria se realizó en pocos momentos.

Luego, Lanney se irguió.

Hussin estaba tendido sobre el pecho del soldado, con las mandíbulas cerradas sobre su cuello, aunque Sin hacer presión con sus formidables colmillos.

—«Si intenta moverse, lo degollaré. Ve tranquilo, Rick.»

—«Gracias, compañero.»

Lanney se puso en movimiento. Cuando estaba a poca distancia de la primera nave, un oficial le cortó el paso.

—Eh, tú, ¿adónde vas?

—Perdona, señor... Me encuentro un poco indispuesto y quiero ver al médico...

—Ah, bueno.

—Gracias, señor.

Lanney entró en la nave. Era enorme, con la capacidad suficiente para transportar dos mil personas. Había visto más de una astronave de semejantes características, de las dedicadas al transporte de pasajeros, y aquella no se diferenciaba demasiado de las que conocía.

Caminó rápidamente a través de los puentes y cubiertas, hasta llegar a la cámara de mando. Buscó la consola de los controles y estudió unos momentos su disposición.

Los fundamentos de su nave eran muy parecidos a la de transporte. Al cabo de unos segundos, se acuclilló, separó un panel y alargó la mano, para cerrar un par de llaves.

El panel volvió a su sitio. El cierre de aquellas dos llaves sería más que suficiente. El aflujo de presión iónica estaba cerrado.

Cortado dicho aflujo, la presión iría en aumento, sin que pudiera ser evacuada por la válvula de seguridad. Inevitablemente, se produciría la explosión.

Tal vez no evitase la invasión, pero sí la retrasaría y ello le permitiría poner sobre aviso a los terrestres. Sin el menor obstáculo, salió de la nave y se dirigió a la otra, situada a unos trescientos metros.

Diez minutos más tarde, había realizado una operación análoga. Cuando alcanzaba la escotilla exterior, alguien le hizo detenerse.

—¿Adónde vas, tú?

— Perdón, señor; he venido a ver al médico y...

El oficial alargó el cuello.

—A ti te he visto antes. Dijiste que ibas a ver al médico, pero en la otra nave. En esta no hay médico.

—Está equivocado, señor. Precisamente, le estoy viendo... El haphorita cayó en la trampa y volvió la cabeza. Lanney aprovechó la ocasión

para golpearle en la barba con la culata del rifle.

Pero el nerviosismo del momento le hizo fallar parcialmente el golpe. El oficial empezó a caer aunque chillando a pleno pulmón.

Lanney maldijo entre dientes. De nada serviría disparar ahora contra aquel entrometido individuo. El campamento entero empezaba a despertarse y se dio cuenta de que iba a resultarle muy difícil la escapatoria.

No obstante, echó a correr. Una voz tonante resonó por encima de todas las demás:

—¡No le dejen escapar, pero atrápenlo vivo! Haré fusilar al que haga el menor daño al intruso.

La voz, dedujo Lanney debía de ser la de Zelshold, comandante en jefe de las fuerzas haphoritas.

—«Hombre listo, te has dado cuenta de que un espía ha entrado en el campamento», pensó.

La llamada mental de Hussin llegó hasta su cerebro:

—¡Huye, huye. Rick!»

—«Eso es lo que trato de hacer» —contestó el cazador.

Por todas partes surgían soldados dispuestos a atraparle.

Pudo esquivar a unos cuantos, disparó varias descargas, disgregando otros tantos cuerpos humanos, pero, al fin, se dio cuenta de que sus esfuerzos iban a resultar inútiles.

—«Soy un tonto. Debí haberme escapado a los bosques para vivir en libertad, y ahora, por un idealismo estúpido, voy a caer de nuevo prisionero». se dijo amargamente.

Aun así, esquivó todo lo que pudo los ataques haphoritas.

Tenía que ganar tiempo. Era imprescindible para conseguir que las naves estallasen antes de que le sometieran a interrogatorio. Pero, inesperadamente, sintió un terrible dolor en el cráneo y notó que perdía las fuerzas en el acto.

Empezó a caer. Sonaron gritos de júbilo.

—¡Lo hemos atrapado! —anunció alguien.

—¡Tráiganlo a mi alojamiento! —ordenó Zelshold.

Lanney no habla perdido el sentido por completo y aterró al pensar que iba a ser conducido al lugar donde alojaba el comandante de los haphoritas.

Dos soldados lo cogieron por debajo de los brazos y lo arrastraron un largo trecho. Lanney se encontró poco después en la entrada de una tienda de campaña, de tela roja, con adornos de color escarlata, ante la que había parado un hombre que empequeñecia al gigantesco Eudyrnos.

Zelshold debla de medir dos metros veinticinco y pesar ciento cincuenta kilos y, sin embargo, no daba la sensación de hombre torpe e inhábil. Aunque quizá, pensó Lanney, en medio de los dolores de cabeza que le atormentaban, había sido elegido por ser el más alto y fuerte de todos los soldados haphoritas.

—El espía, señor —dijo uno de los soldados.

Zelshold hizo un ademán y los soldados soltaron su presa.

Lanney cayó al suelo. Era preciso simular su inconsciencia.

—Parece que ha perdido el sentido, señor — dijo alguien.

—Si, eso parece —convino el general.

Lanney no lo vio, pero Zelshold hizo una señal y alguien pinchó al caído en las nalgas con un puñal. Lanney gritó se levantó de un salto, entre las risas de todos los presentes.

—Para los que fingen estar inconscientes, yo tengo un procedimiento que nunca falla —dijo Zelshold—. Bien, parece que los terrestres tienen un buen servicio de espionaje. Nunca creí que pudieran infiltrar un agente entre nosotros, pero está visto que nunca se aprende bastante en la vida. ¿A que has venido, terrestre?

En aquel momento, se oyó un sordo bramido.

Docenas de ojos se volvieron hacia el lugar de donde procedía el ruido. El rugido se acentuó hasta alcanzar límites insoportables.

Bruscamente, unos largos chorros de llamas comenzar a brotar de la cola de una de las naves. El aparato arrancó inopinadamente a toda

velocidad y se perdió en las altura dejando tras de si una estela ígnea, que disminuía de tamaño, a medida que avanzaba hacia las tinieblas.

Un minuto más tarde, se vio aparecer un pequeño sol, cuyo resplandor deslumbró a todos los presentes durante unos momentos. Mucho más tarde, en medio de la estupefacción general, llegó el fragor de la explosión.

La segunda astronave corrió la misma suerte, antes de que los asombrados haphoritas hubieran podido recuperarse de la sorpresa recibida. Entonces, Lanney, tranquilamente, se volvió hacia Zelshold y dijo:

—A eso he venido, general.

CAPÍTULO V

Era de día ya y Lanney se encontró casi desnudo, sujeto a una cruz que se alzaba a unos diez metros por encima del suelo. Su cabeza sobresalía por encima del remate de la cruz, a la que estaba sujeto por fuertes cuerdas.

Los haphoritas gritaban y reían, olvidados, al parecer, de la catástrofe ocurrida durante la víspera. Lanney había oído comentarios acerca de dos naves que sustituirían pronto a las destruidas, aunque no se sabía cuándo aterrizarían.

A los mercenarios no parecía importarles demasiado. Lanney calculó que, de todas formas, cobraban un sueldo y cuanto más tiempo estuviesen empleados al servicio de Eudyrnos, mayores serían las ganancias.

De repente, se produjo un movimiento en la multitud de soldados, una especie de flujo y reflujo en oleadas humanas, que luego se abrieron en una ancha calle,

Seguido de su estado mayor Zelshold avanzó hacia las inmediaciones de la cruz. Contempló unos instantes al prisionero, mientras sonreía perversamente.

Lanney recordaba muy bien la áspera conversación sostenida, tras la destrucción de las dos naves. En determinados momentos, Zelshold había estado a punto de destrozarle con sus propias manos, pero, al fin, habla desistido, diciéndole que sus soldados se divertirían mucho más al día siguiente, que si les presentaba un inútil cadáver.

Pendiente del cuello, Lanney llevaba una especie de escudo, en el que habla pintado un blanco, con vivos colores rojos. Zelshold alzó los brazos para imponer silencio.

—Escuchadme bien, mis bravos. Aquí tenemos al espía que se atrevió a destruir dos naves y matar a unos cuantos de nuestros compañeros. Ese espía merece la muerte, desde luego, pero no una muerte rápida y misericordiosa. Quiero que tiemble y solloce de miedo, mientras espera el momento de morir, y así sufrirá un castigo todavía peor.

»Han sido seleccionados los mejores tiradores de cada unidad. El que consiga un blanco perfecto, tendrá derecho a disparar luego varias flechas decapitadoras. Pero... antes de lanzar la que pondrá fin a la asquerosa existencia del espía, disparará cuatro más, a fin de cortarle los brazos y las piernas, para que muera chorreando sangre, mientras aúlla de dolor y miedo.

Un clamoreo unánime acogió las palabras de Zelshold, quien se volvió para mirar nuevamente al prisionero. El haphorita, adivinó Lanney, estaba burlándose de él sin dirigirle siquiera la palabra.

«Ya tengo bastante con lo que estoy oyendo», pensó. Un soldado empezó a preparar el arco que dispararía las flechas cortantes. Lanney se estremeció al ver aquellos horribles artefactos.

Cada flecha tenía algo más de un metro de longitud y, en lugar de estar terminada en punta, tenía una media luna de acero, afilada como una cuchilla de afeitar. El diámetro de aquella media luna no bajaba de los treinta centímetros, lo que aseguraba un corte perfecto del miembro al que se dirigiera el flechazo. Sintió escalofríos al pensar que le irían desmembrando tiro a tiro... El final sería la piadosa decapitación, pero, ¿cuánto no habría padecido antes?

El primer tirador, armado con un potente arco, se situó en su puesto, a unos treinta metros de la cruz. La cuerda del arco empezó a tensarse y, en aquel preciso instante, se oyó una voz fresca y vibrante:

—¡Alto! ¡Suspended la ejecución!

Estupefacto, sin creer en lo que contemplaba, Lanney vio a Brunilda

avanzar con paso firme hacia el lugar donde se encontraba el comandante de los haphoritas.

* * *

—General, ordena que suelten a ese hombre —dijo la joven con enérgico acento.

Lanney cobró esperanzas de seguir vivo. En aquellos momentos, no le importaba en absoluto los motivos de Brunilda. Su orden sería obedecida y...

—¡No! —contestó Zelshold —. He dispuesto que sea ejecutado y mis órdenes en ese sentido se cumplirán tajantemente.

—General, te recuerdo que soy el comisario de Su Infinita Gracia, la gobernadora del 7º Hipersistema...

—¡Su Infinita Porquería! —dijo Zelshold brutalmente—. Aquí tú no tienes la menor autoridad y no voy a obedecerte, así que vuélvete por donde has venido y déjanos en paz.

—Tengo autoridad sobre ti...

—Estás en un error. El contrato de alistamiento menciona claramente que cualquier incidente que se produzca en el interior de nuestro campamento, cualquiera que sea su ubicación, deberá ser solucionado sin interferencias ajenas. Ese hombre destruyó dos naves y mató a varios de mis soldados, «dentro» de mi campamento. Por tanto, tengo pleno derecho a juzgarlo, condenarlo a muerte y hacer que se cumpla la sentencia.

—Está bien, puede que tengas razón, general — admitió Brunilda, con acento más conciliador—. Pero, ¿me permites unos momentos a solas?

Zelshold hizo una cortés reverencia.

— No puedo negarle ese favor a la representante personal de SIG — contestó.

Brunilda echó a andar, seguida por el gigantesco haphorita y en medio de la curiosidad de todos los presentes. Cincuenta pasos más allá, Brunilda se acercó al general y le dio una palmada en el costado.

—Eh, ¿qué haces? —exclamó Zelshold, al sentir un leve pinchazo en la carne.

—General, tienes cinco minutos exactamente para ordenar que suelten al prisionero —dijo ella sin inmutarse—. Ese aparatito que he fijado a tu costado, dispone de un mecanismo de relojería, que pondrá en funcionamiento una aguja de inyecciones con un líquido muy especial, que llegará a tu cerebro en treinta segundos. No te pasará nada. Harás una vida normal, razonarás sin dificultades, pero... piensas ir a la Tierra, ¿verdad?

—¿Adónde quieres ir a parar? —gruñó Zelshold.

—La Tierra es famosa por la hermosura de sus mujeres. Las hay con epidermis de todos los colores, blanca, tostada, aceitunada, color café, negra... Pero ese líquido provocará en tu sistema nervioso una inhibición total y definitivamente irreversible en tu apetito sexual. Sencillamente, es como si te castrasen.

Zelshold se sobresaltó horriblemente.

—No dices la verdad —exclamó. Impasible. Brunilda consultó su reloj.

—Te quedan ya sólo cuatro minutos —dijo—. Ah, no intentes arrancarte el aparato. porque entonces el mecanismo se activará y recibirás la inyección... castrante.

—Maldita sea, no puede ser verdad...

—Entonces, hagamos la prueba —dijo ella, cruzando los brazos bajo el seno bien formado.

Sobrevino un momento de silencio. Los ojos de Selshold se achicaron.

—Voy a ceder —dijo al cabo—. Pero te aseguro que no olvidaré esta fechoría aunque pasen cien años. Tarde o temprano, volveremos a vernos las caras y entonces te tendré bajo mi bota y te arrastraré por los pelos hasta mi cama. Nadie ofende impunemente a un aporiíta, ¿me oyes?

Brunilda se estremeció, porque había oído al cazador vaticinar algo muy parecido a lo que acababa de escuchar. A pesar de todo, mantuvo su impasibilidad.

—Da la orden —exigió.

Zelshold se volvió hacia sus hombres y clamó:

—¡Soltad al prisionero!

Lanney oyó aquellas palabras con verdadero alivio. Mientras. Brunilda se acercaba al haphorita y manipulaba en la caja que había adherido a su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo ahora? —tronó Zelshold—. Quítame este maldito artefacto...

—No me fío de ti —contestó ella—. He alargado el tiempo a una hora. Antes de que concluya, pero transcurridos ya cuarenta y cinco minutos, llámame y te diré la clave para que te quites la caja sin riesgo alguno.

Zelshold se quedó estupefacto, sin poder emitir una sola palabra. Volviéndole la espalda, Brunilda caminó hasta las inmediaciones de la cruz y esperó a que Lanney pusiera los pies en el suelo.

—Sígueme —ordenó secamente.

Y echó a andar, sin mirarle siquiera.

* * *

Brunilda señaló una puerta con la mano.

—Entra y aséate. Encontrarás ropas a tu medida. No tengas prisa y piensa en una cosa: de aquí no podrás escapar tan fácilmente —dijo.

Lanney le dirigió una profunda mirada.

—Al menos, ¿quieres explicarme por qué me has salvado la vida?

— Luego —repuso ella escuetamente.

Lanney, exhausto, entró en el baño y se metió bajo la ducha. Cuando estuvo seco, se puso una especie de mono, de tejido suave, esponjoso, que se adaptaba a su cuerpo casi como una segunda piel, aunque sin estorbar sus movimientos en absoluto. Durante unos momentos, pensó en Hussin y se preguntó qué habría sido del niryx.

«Habrá escapado, sin duda», se dijo.

No se le podía reprochar. El instinto de supervivencia tenía unas demandas perfectamente lógicas.

Media hora más tarde, volvió a la estancia, que sabía situada en una de las alas de la residencia estival de Thavyra. Desde una de las ventanas, podía divisar a lo lejos la hormigueante masa de guerreros haphoritas.

Brunilda entró a poco, con una bien provista bandeja, que depositó sobre una mesa.

—Estarás hambriento —supuso.

— Pero más de explicaciones —contestó él.

—Sólo hay una explicación —dijo la joven—. Te he salvado la vida porque eres mi asesor para asuntos terrestres. Simplemente, no podía permitir que muriese una persona perteneciente a mi estado mayor.

— Brunilda, te dije...

—¡No me contradigas! —respondió ella destempladamente—. Te he dado una orden y la cumplirás. ¿O prefieres que te entregue a la expeditiva justicia haphorita?

—Conque ésas tenemos —murmuró él.

— Todavía estás a tiempo de hacer una elección en un sentido u otro — Brunilda agarró un trozo de galleta y lo mordisqueó con aire indiferente—. Yo, en tu lugar, no me lo pensaría dos veces, Rick Lanney.

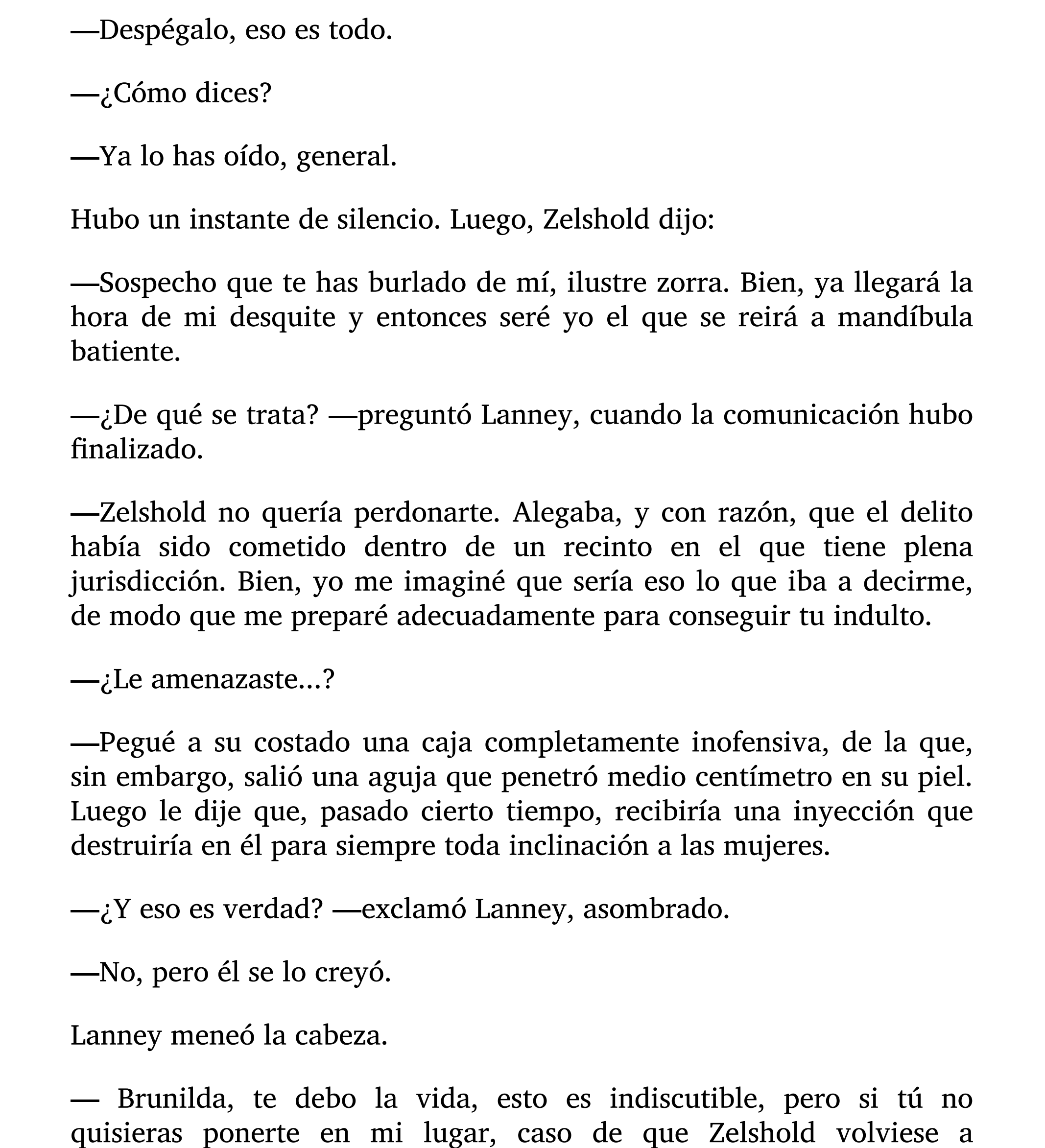
Hubo un momento de silencio. Lanney vio una botella de vino y llenó una copa de vino, que despachó de un trago.

— Voy a convertirme en traidor a los míos —dijo rencorosamente.

— Más vale estar vivo... — contestó ella con acento de sorna.

En aquel momento, se oyó una campanilla. Brunilda se acercó a un interfono y movió una palanquita. El vozarrón de Zelshold irrumpió al momento en la estancia.

—¡Han transcurrido ya cincuenta minutos! —clamó el gigante—. Maldita sea, ¿cómo se desactiva ese maldito chisme?



—Despégalo, eso es todo.

—¿Cómo dices?

—Ya lo has oído, general.

Hubo un instante de silencio. Luego, Zelshold dijo:

—Sospecho que te has burlado de mí, ilustre zorra. Bien, ya llegará la hora de mi desquite y entonces seré yo el que se reirá a mandíbula batiente.

—¿De qué se trata? —preguntó Lanney, cuando la comunicación hubo finalizado.

—Zelshold no quería perdonarte. Alegaba, y con razón, que el delito había sido cometido dentro de un recinto en el que tiene plena jurisdicción. Bien, yo me imaginé que sería eso lo que iba a decirme, de modo que me preparé adecuadamente para conseguir tu indulto.

—¿Le amenazaste...?

—Pegué a su costado una caja completamente inofensiva, de la que, sin embargo, salió una aguja que penetró medio centímetro en su piel. Luego le dije que, pasado cierto tiempo, recibiría una inyección que destruiría en él para siempre toda inclinación a las mujeres.

—¿Y eso es verdad? —exclamó Lanney, asombrado.

—No, pero él se lo creyó.

Lanney meneó la cabeza.

— Brunilda, te debo la vida, esto es indiscutible, pero si tú no quisieras ponerte en mi lugar, caso de que Zelshold volviese a hacerme prisionero, yo tampoco querría estar en tu lindo pellejo cuando él te ponga la mano encima.

—Eso no sucederá nunca. Cuando la Tierra haya sido conquistada, Zelshold y sus mercenarios serán licenciados y se volverán a Haphor, de donde proceden y de donde, en mi opinión, no hubieran salido jamás.

—Sin ellos, la conquista de la Tierra sería imposible.

—Hay opiniones, cazador —respondió Brunilda.

—¿Puedo conocer la tuya?

Ella suspiró melancólicamente.

—Ahora ya, ¿qué importa? Traté de decirlo antes de que se elaborase el plan de invasión, pero nadie me hizo caso y ya no estoy en condiciones de impedir lo que es ya inevitable —contestó.

— Parece que eras opuesta a la invasión —se asombró Lanney.

—No, en la forma que yo pretendía que se hiciera. Pero tampoco quería un ataque salvaje, solapado, artero, a traición... Si esa invasión se consuma, la memoria de los habitantes de Evorhyx-3 será aborrecida eternamente en vuestro planeta.

—Sin embargo, colaboras en la invasión.

—Creo que es lo mejor que puedo hacer. Tal vez consiga que la conquista sea menos dura... pero necesito tu colaboración.

—Bien, me gustaría saber si tienes algún plan...

—No puedo decirte nada, hasta que no estemos en la Tierra —respondió Brunilda evasivamente.

—¿ Lo crees así?

Ella hizo un gesto afirmativo. De pronto, Lanney levantó una mano.

—¿ Puedo preguntarte cuando partiremos hacia la Tierra?

— Están terminando de alistar la nave...

—¿Viaja mucha gente con nosotros?

—Llegaremos como turistas, y tú y yo, solos.

—Ah, una buena idea. Cuando vaya a producirse la invasión, el enemigo estará ya dentro... Brunilda me gustaría pedirte un favor.

—¿Te lo puedo conceder?

—Es bien sencillo. Cuando zarpemos de Noratt-02, me gustaría hacer una breve pasada en Sikkar-22.

—¿Para qué? —inquirió ella, extrañada.

—Tengo un buen amigo y me debe el importe de un par de docenas de pieles de niryx. Me gustaría cobrar ese dinero antes de llegar a la Tierra, bueno, quiero decir, recoger el cheque... Total, son dos días más de viaje, una desviación sin importancia... .

—De acuerdo, iremos antes a Sikkar-22 —accedió la joven.

—Además, conviene que hagamos esa parada para recargar generadores en la estación de energía. Al menos, yo, siempre que viajaba a la Tierra, me detenía en Sikkar-22.

—Creo que todas las naves que van a tu planeta recargan en Sikkar-22 —dijo Brunilda.

— Las de mercancías y pasajeros, indispensablemente. No pueden correr el riesgo de agotar la energía antes de llegar al final del viaje. El consumo de una nave grande es infinitamente mayor, proporcionalmente hablando, que otra mucho más pequeña. Como, supongo, será la nuestra.

—Doce plazas, con las provisiones suficientes, aunque viajaremos los dos únicamente —explicó Brunilda.

— Por supuesto, tú te encargarás de los controles.

— No, llevaremos otro piloto — respondió la joven.

CAPÍTULO VI

Dos días más tarde, cuando estaba en el mejor de los sueños, sintió un suave contacto en su rostro, a la vez que algo pesaba sobre su pecho. Adormilado todavía, preguntó:

—¿Es hora ya de emprender la marcha, Brunilda?

La voz resonó en el interior de su cerebro:

—«No soy Brunilda.»

Lanney se despabiló instantáneamente.

— ¡Hussin! —gritó.

— «No es necesario que emplees la voz» —dijo el niryx.

—«Es verdad, perdóname... Pero la costumbre, ya te puedes imaginar.»

Lanney encendió la luz, se sentó en la cama y contempló sonriente a aquel ser que parecía un San Bernardo terrestre y que, sin embargo, tenía una inteligencia enteramente humana.

—«Creí que no iba a verte más» —dijo mentalmente.

—«Tienes que perdonarme. Soy un cobarde.»

—«Vamos, vamos, Hussin, no te hagas reproches. Tú me libraste de la cárcel, pero no podías prever que me capturasen de nuevo ni menos que me condenasen a muerte. No tenías obligación de correr más riesgos por mí, sobre todo, teniendo en cuenta las barrabasadas que he estado haciendo yo con los de tu especie.»

—«Eso está olvidado, Rick. ¿Qué piensas hacer ahora?»

—«Una mujer me salvó y tengo que trabajar para ella. No me gusta, pero debo hacerlo.»

— «¿Por gratitud?»

—«Es difícil de explicar. Le estoy agradecido, es cierto, pero no me salvó por bondad, sino por interés.»

—«Déjala —propuso Hussin—. Vente con nosotros. Vivirás libre, sin preocupaciones... Hay selvas extensísimas, que nosotros conocemos como la base de la garra, donde no te encontrarían jamás. Vivirías con nosotros, nos enseñarías muchas cosas y...»

—«Lo siento, Hussin. Te estoy infinitamente agradecido, pero he dado mi palabra y debo cumplirla.»

— «Está bien, no te obligaré a que hagas lo que crees que no debes hacer.»

—«Quizás vuelva algún día y pase una temporada con vosotros... Noratt-02 me gusta, Hussin.»

—«Si es así, ve a la montaña que hay al sur del lugar donde nos conocimos y enciende una hoguera. Podría pedirte que me llamaras

mentalmente, pero el alcance de nuestros pensamientos es relativamente limitado y quizá no lograría captar tus ondas telepáticas. El humo será visto por alguno de nosotros y la noticia se extenderá. Entonces, yo sabré que estás de vuelta.»

—«Puede pasar mucho tiempo antes de que eso suceda» —dijo el cazador.

—«El tiempo no cuenta para nosotros, Rick.»

Lanney acarició la sedosa piel del niryx.

—«He llegado a tomarte cariño y te aprecio infinitamente. Incluso me gustaría lIevarte conmigo, pero no puede ser. Yo no mando en este viaje y seguramente, la persona a la que debo obedecer, no querría lIevarte... o quizá haría que te matasen, para cobrar tu piel.»

—«Volveremos a vernos» —aseguró Hussin.

La boca del niryx mordió ligeramente la mano del humano. Luego, Hussin saltó de la cama y se dirigió hacia la ventana. El cristal era de una sola pieza y Lanney divisó un circulo de perfectos contornos, que los durísimos colmillos de Hussin habían abierto sin apenas ruido.

Hussin saltó a través del hueco y se perdió en la penumbra del amanecer. Apenas diez segundos más tarde, se abrió la puerta y entró Brunilda, ya completamente vestida.

—Es hora de partir —anunció.

—Estaré listo dentro de diez minutos —aseguró el cazador. De pronto, Brunilda reparó en el agujero del cristal.

—¿Pensabas escaparte?

—No estaría aquí si hubiese tenido esas intenciones.

—Entonces, ¿qué significa ese agujero?

— Lo ha hecho un amigo mío, con figura de perro. El mismo que perforó el cemento de mi celda.

—Eso es imposible. Ningún animal...

—Yo no he dicho que sea un animal.

— Entonces, es un hombre.

— Es un humano, aunque tenga figura de animal, porque razona exactamente igual que nosotros.

Intrigada, Brunilda se acercó al cristal y examinó los bordes de la cortadura, en los que no se advertían apenas imperfecciones.

—El cristal es blindado —dijo—. No podrías haberlo roto con los elementos de que dispones en esta habitación.

—Los colmillos del niryx son muchísimo más duros.

Brunilda se echó a reír.

—Ah, se trata de un niryx —dijo—. Y ¿cómo te comunicas con él?

— Por telepatía.

—¿Esperas que me crea esa fábula? —dijo, irritada—. Vamos, vístete; la nave está ya alistada y debemos partir inmediatamente.

Lanney se llevó la mano derecha a la sien.

—A la orden, «comisaria» —contestó irónicamente.

* * *

—Y esto es Sikkar-22 —dijo Brunilda, cuarenta y ocho horas más tarde, mientras se acercaban a la superficie del planetoide donde debían recargar los generadores.

—Bueno, no es un Noratt-02, ni mucho menos Evhoryx-3, pero hay mucha animación y, si se tiene dinero, se puede pasar estupendamente.

—¿Qué clase de diversiones hay?

— Vino, mujeres y juego.

—Eso huele a prostíbulo espacial —dijo Brunilda, arrugando la nariz desdeñosamente.

—Creo que en Evhoryx-3 no hay una sola taberna y todas las mujeres son de una honradez inconmensurable. No se conoce el alcohol y la

virtud es algo que inspira todas las acciones de los habitantes de ese planeta.

—No seas cáustico. Claro que hay diversiones, pero… Brunilda se mordió los labios.

Lanney contuvo una sonrisa.

La nave se acercaba lentamente a la superficie de Sikkar-22, un pequeño astro cuyas dimensiones no alcanzaban la mitad de la Luna terrestre, pero que, por poseer un núcleo más denso, tenía una gravedad casi normal y, además, disponía de atmósfera respirable. Desde la altura, podía verse al planetoide como una esfera blancoazulada, envuelta en lo que parecía una gasa muy fina y que no era sino la atmósfera que lo envolvía.

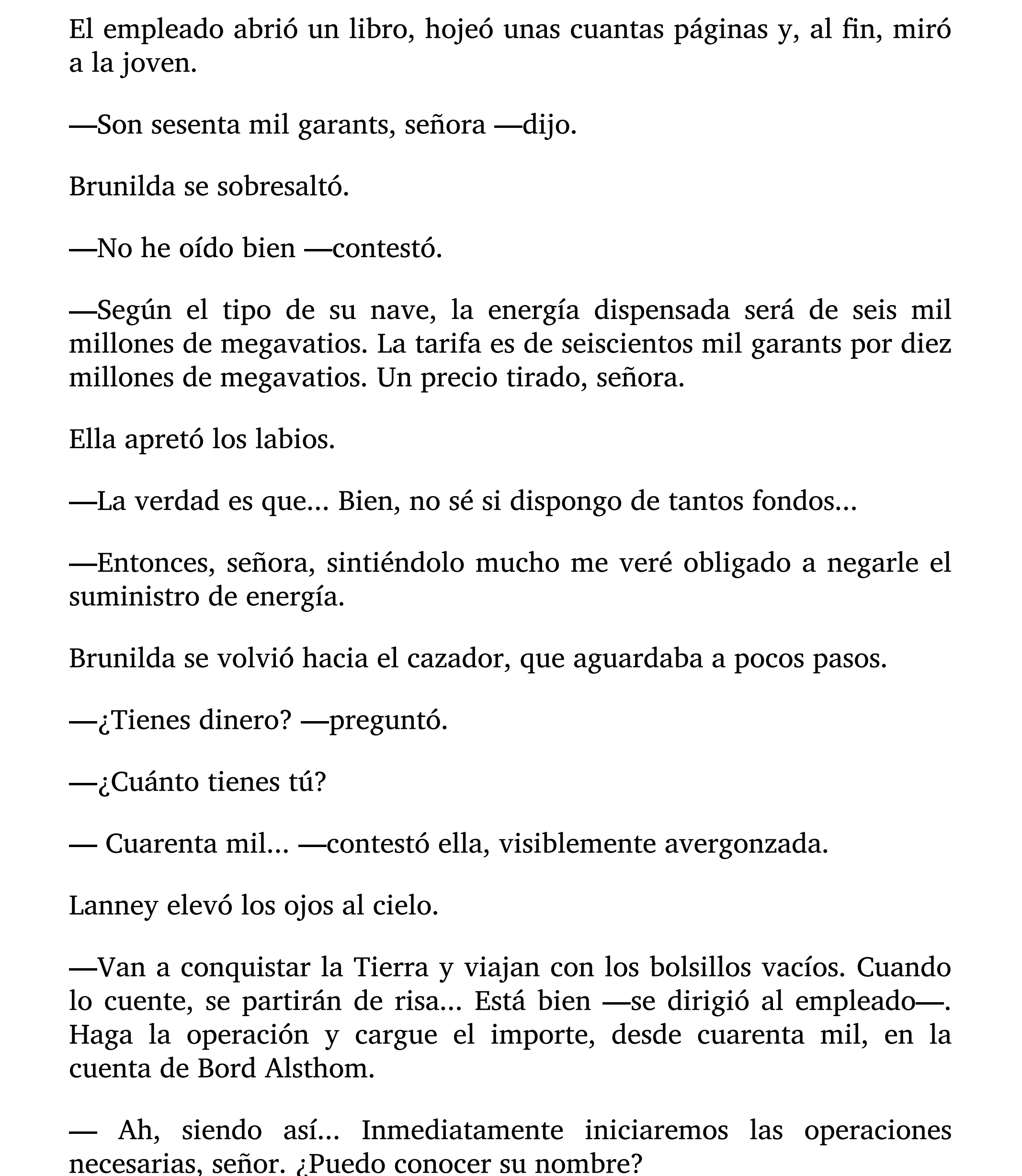
Arriba, a unos cientos de kilómetros, se vela una monstruosa construcción de vigas, tensores, cables y rejillas de todas clases, que parecían la pesadilla de un ingeniero demente. En la parte central de aquella indescriptible estructura, se divisaban dos colosales espejos cóncavos, cada uno de los cuales no medía menos de ochocientos metros de diámetro.

En la parte posterior de uno de los espejos, estaban los cuartos de control, aunque en realidad, la estación se gobernaba desde el suelo por mando remoto. Sin embargo, en caso de necesidad o cuando era preciso realizar alguna inspección, las operaciones podían hacerse igualmente en el espacio.

La estación de recarga de energía se hallaba situada a una órbita geoestacionaria con respecto al planetoide, de modo que se movía siempre sobre el mismo punto. Cuando una nave quería recargar los generadores, los técnicos la hacían situarse en determinado lugar de la superficie y luego recibía las ondas lumínicas, debidamente concentradas, que eran almacenadas como energía para poder desplazarse más tarde por el espacio.

Los espejos, por otra parte, podían hacerse más o menos cóncavos, de modo que el punto focal de sus rayos concentrados alcanzaba una longitud diferente, según las necesidades del momento. Sonriendo para sí, Lanney contempló la estación cuando pasaban a menos de cinco mil metros, mientras Brunilda se preocupaba exclusivamente de los controles de la nave.

Poco después, aterrizaban. Brunilda se dirigió a la estación receptora y pidió recargasen sus generadores.



El empleado abrió un libro, hojeó unas cuantas páginas y, al fin, miró a la joven.

—Son sesenta mil garants, señora —dijo.

Brunilda se sobresaltó.

—No he oído bien —contestó.

—Según el tipo de su nave, la energía dispensada será de seis mil millones de megavatios. La tarifa es de seiscientos mil garants por diez millones de megavatios. Un precio tirado, señora.

Ella apretó los labios.

—La verdad es que... Bien, no sé si dispongo de tantos fondos...

—Entonces, señora, sintiéndolo mucho me veré obligado a negarle el suministro de energía.

Brunilda se volvió hacia el cazador, que aguardaba a pocos pasos.

—¿Tienes dinero? —preguntó.

—¿Cuánto tienes tú?

— Cuarenta mil... —contestó ella, visiblemente avergonzada.

Lanney elevó los ojos al cielo.

—Van a conquistar la Tierra y viajan con los bolsillos vacíos. Cuando lo cuente, se partirán de risa... Está bien —se dirigió al empleado—. Haga la operación y cargue el importe, desde cuarenta mil, en la cuenta de Bord Alsthom.

— Ah, siendo así... Inmediatamente iniciaremos las operaciones necesarias, señor. ¿Puedo conocer su nombre?

—Lanney, cazador.

El empleado sonrió.

—Su nombre es dinero, señor —dijo obsequiosamente.

Cuando abandonaron la estación receptora, Brunilda se sentía furiosa y humillada.

—Al menos, podías haberme dicho que se necesitaba dinero para pagar la energía.

—Creí que tú lo sabrías. Un representante personal de Thavyra debe estar al corriente de las costumbres del lugar al que se dirige.

— Yo no pensaba venir a Sikkar-22...

— Pero sabías que recargaríamos los generadores. Además, ¿crees que en la Tierra te van a dar alojamiento sólo por tu bonita figura?

Ella intentó desviar la conversación:

—¿Quién es Alsthom? —preguntó.

—El amigo que me debe dinero —respondió él secamente.

* * *

Se habían hospedado en el único hotel de Sikkar-22, ya que la recarga duraría cuarenta y ocho horas. Terriblemente nerviosa, Brunilda se paseaba por la habitación, severamente decorada, pero no falta de comodidades. Hacia ya una hora que Lanney se había marchado y aún no tenía noticias suyas.

Impaciente, decidió salir a buscado. En la planta baja del hotel había un local de diversión. Cuando entró, vio a gran número de hombres y mujeres que parecían sentirse muy divertidos.

Lanney estaba sentado a una mesa, en compañía de un individuo de frondosa barba negra. Brunilda dudó un momento, pero, al fin se decidió a acercarse a la pareja.

— Ten cuidado —advirtió el de la barba—. Puedes quemarte como una polilla.

—Si voy por detrás, el peligro será inexistente.

—Pero vas a viajar individualmente y esas estaciones tienen malas bromas. Emiten demasiadas ondas magnéticas y actúan como imanes a poco que te descuides, ¿comprendes?

—Lo tendré en cuenta...

—Hola —dijo Brunilda en aquellos instantes.

Lanney, sorprendido, se levantó y lo mismo hizo el otro.

—Bord, te presento a Brunilda Oxmorth —dijo el cazador—. Brunilda, este es Bord Alsthom, el hombre que me debe algo más de un millón de garants.

—Es un placer, señora —dijo Alsthom—. ¿Quiere sentarse con nosotros?

Brunilda presintió que aquellos dos hombres hablaban de algo más que de pieles de niryx, pero no tenía medios de comprobarlo. Forzando una sonrisa, accedió, en el momento en que una hermosa mujer se acercaba a la mesa.

—¡Rick, querido! —exclamó—. Cuánto tiempo sin verte...

—¡Erika, encanto! —gritó el cazador—. Yo sí que me alegro de verte...

Lanney arreó una fuerte palmada en las rotundas posaderas de la joven, quien lanzó una alegre risotada.

—Siempre serás el mismo, cazador —exclamó—. ¿Qué tal te ha ido en esta ocasión?

Lanney le guiñó un ojo.

—Te lo diré, si consientes en tomar una copa de champaña en mi habitación —contestó.

—¡De mil amores, cazador!

—Entonces, no perdamos tiempo.

Lanney pasó un brazo por la cintura de la joven y se marchó. Brunilda estaba terriblemente sofocada y no sabía qué decir.

Rick, ahora mismo te envío el champaña —gritó Alsthom.

No lo demores, Bord —contestó el joven.

Lanney y la mujer desaparecieron. Alsthom miró a Brunilda y sonrió.

—Perdón, señora. Íbamos a tomar una copa... Ella se levantó vivamente.

—No tengo ganas, muchas gracias —se despidió con brusquedad.

Sentíase furiosa y con ganas de echarse a llorar. Y no conocía los motivos, pero se sentía profundamente irritada al pensar en lo que iba a suceder en la habitación del cazador durante la noche.

CAPÍTULO VII

Era de noche todavía cuando una llamada despertó a Alsthom.

—Bord, acaba de aterrizar una nave tripulada por una docena de haphoritas. Van al mando del capitán Diiwon y se dirigen a tu hotel —informó el empleado de la estación receptora.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Alsthom se vistió inmediatamente y corrió a la habitación ocupada por Brunilda. Tuvo que llamar varias veces a la puerta, hasta conseguir que la joven se asomase.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ha llegado una patrulla de haphoritas —dijo Alsthom.

Brunilda se quedó paralizada por el asombro. Antes de que pudiera hablar de nuevo, Alsthom había desaparecido ya de su vista.

Alsthom descendió a la planta baja y corrió a su despacho, en donde tenia un transmisor de radio. Instantes después, estaba en comunicación con el cazador.

— Rick, ¿me oyes?

—Si, perfectamente —respondió Lanney—. Bord, ¿qué sucede?

—Una patrulla haphorita acaba de desembarcar. No sé a qué vienen, aún no he hablado con ellos, pero me imagino cuáles son sus intenciones.

—Está bien, no te preocupes. A ella no le harán nada, no se atreverán. Es a mí a quien buscan.

—Ten cuidado…

—Ellos deben tener cuidado —rió Lanney.

— Pero, ¿es que todavía no has terminado?

—Esto es más complicado de lo que parece, viejo zorro.

Bueno, ya tendrás noticias mías —se despidió el cazador.

Mientras, Brunilda, vestida solamente con el camisón, corría a la habitación de Lanney. Le disgustaba enormemente, pero sabía que no tenía otro remedio que hacerlo.

Sin molestarse en llamar, abrió la puerta y encendió la luz. La mujer que dormía en la cama se sentó instantáneamente, sobresaltada al darse cuenta de una presencia ajena en la estancia.

—Rick —gritó Brunilda—, levántate, pronto…

— Rick no está aquí, señora —contestó la joven.

Brunilda se quedó atónita.

— Pero yo le vi marcharse con usted… Iban a tomar una copa de champaña…

Erika sonrió.

—Estuvo ún rato conmigo, en efecto, y tomamos la copa, pero luego se marchó.

—¿Dónde está ahora?

—Lo siento. No puedo decírselo.

—Pero lo sabe…

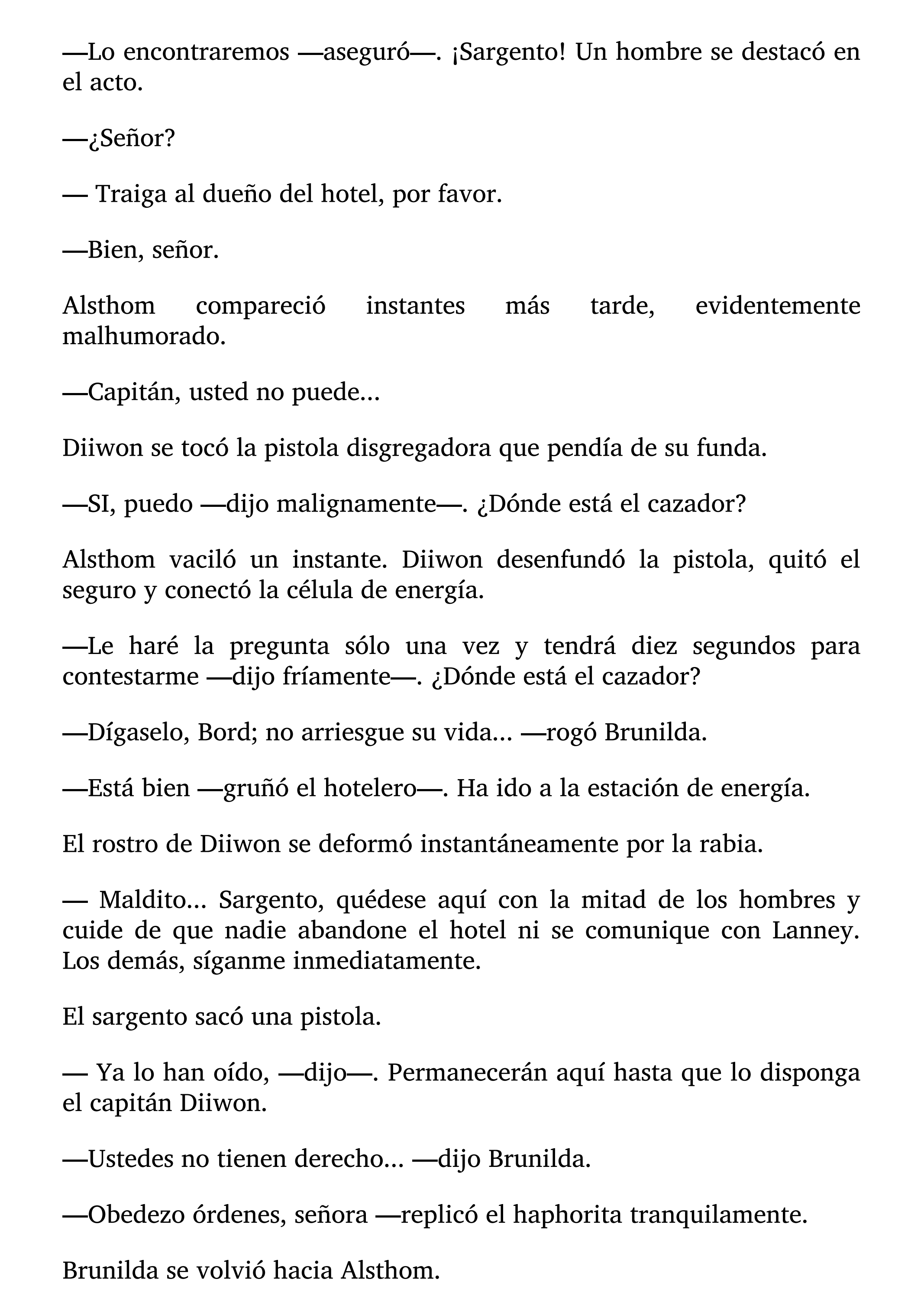
En aquel momento, se oyó un fuerte estruendo de voces en la planta baja. Brunilda dio media vuelta, corrió a su habitación y se puso una bata. Luego abandonó su habitación y descendió al vestíbulo.

Había una docena de hombres armados hasta los dientes y uno de ellos se destacó al verla.

—Señora, soy el capitán Diiwon y tengo órdenes de detener a un tal Lanney —informó ceremoniosamente.

—No está aquí —respondió ella.

Diiwon sonrió.



—Lo encontraremos —aseguró—. ¡Sargento! Un hombre se destacó en el acto.

—¿Señor?

— Traiga al dueño del hotel, por favor.

—Bien, señor.

Alsthom compareció instantes más tarde, evidentemente malhumorado.

—Capitán, usted no puede...

Diiwon se tocó la pistola disgregadora que pendía de su funda.

—SI, puedo —dijo malignamente—. ¿Dónde está el cazador?

Alsthom vaciló un instante. Diiwon desenfundó la pistola, quitó el seguro y conectó la célula de energía.

—Le haré la pregunta sólo una vez y tendrá diez segundos para contestarme —dijo fríamente—. ¿Dónde está el cazador?

—Dígaselo, Bord; no arriesgue su vida... —rogó Brunilda.

—Está bien —gruñó el hotelero—. Ha ido a la estación de energía.

El rostro de Diiwon se deformó instantáneamente por la rabia.

— Maldito... Sargento, quédese aquí con la mitad de los hombres y cuide de que nadie abandone el hotel ni se comunique con Lanney. Los demás, síganme inmediatamente.

El sargento sacó una pistola.

— Ya lo han oído, —dijo—. Permanecerán aquí hasta que lo disponga el capitán Diiwon.

—Ustedes no tienen derecho... —dijo Brunilda.

—Obedezo órdenes, señora —replicó el haphorita tranquilamente.

Brunilda se volvió hacia Alsthom.

—Me gustaría saber a qué fue Lanney a la estación de energía — manifestó.

—No tardará mucho en saberlo, señora —contestó el dueño del hotel.

* * *

Había sido una tarea muy larga en tiempo. Si quería conseguir su objetivo, debía hacerlo con toda minuciosidad. Llegar a la estación de energía le había costado relativamente poco, pero realizar el trabajo que se había propuesto le había consumido más tiempo del calculado.

Y, por si fuese poco, los haphoritas acababan de llegar... —Zelshold es un tipo listo, evidentemente —se dijo, mientras volaba con cierta lentitud hacia una de las cabinas de control de la estación—. No se puede negar que sabe prever los movimientos del enemigo, lo que indica sin lugar a dudas que es un buen estratega.

No creía en espionaje, pero si en la experiencia de Zelshold. A fin de cuentas, era comandante de un cuerpo de mercenarios, un hombre acostumbrado a luchar desde la infancia. Tenía una enorme experiencia y sabía cómo utilizar sus conocimientos.

Llegó a la cabina, hizo funcionar la esclusa y penetró en su interior, sin quitarse el traje de vacío, para no perder tiempo. Inmediatamente, se acercó a la consola de mandos, situada justamente tras el centro de uno de los enormes espejos cóncavos que apuntaban directamente hacia la superficie de Sikkar-22.

La presión sobre una tecla, encendió una pantalla de televisión que conectó acto seguido a un potente telescopio. Luego hizo funcionar los controles y en cuestión de segundos conoció la distancia focal del espejo.

Corrigió la puntería de la cámara telescópica y exploró el suelo del planetoide. No tardó en divisar una astronave posada en tierra, a unos trescientos metros de la de Brunilda.

—Una distancia peligrosa, pero no hay otro remedio que arriesgarse— murmuró.

El espejo giró lentamente, movido por unos mecanismos de enorme potencia. Al mismo tiempo, acentuaba su concavidad, concentrando así los rayos que recibía del sol de Sikkar-22.

El telescopio conectado a la pantalla poseía una definición de imágenes realmente asombrosa. Lanney podía ver piedras menores que su puño con toda claridad, cuanto más la media docena de figuras que corrían velozmente hacia la nave.

Consultó los indicadores. En la pantalla de televisión habían aparecido varios círculos concéntricos, cruzados por dos líneas perpendiculares, que formaban un aspa. El centro de aquel visor se situó justamente sobre la nave haphorita.

Entonces, Lanney pulsó una techa.

Un rayo de luz, de intolerable resplandor y de unos treinta centímetros de anchura, brotó instantáneamente del espejo y se dirigió hacia la superficie del planetoide. Los pocos cientos de kilómetros de distancia fueron recorridos en un par de milésimas de segundo.

Lanney se quedó pasmado de asombro. La nave no explotó, como había supuesto. Simplemente, se convirtió en humo, se disolvió, desapareció como si nunca hubiera estado en aquel lugar.

El único rastro que quedó fue un ancho círculo negro en el suelo, del que brotaban leves columnitas de vapor, que se disiparon rápidamente, cuando Lanney desconectó el espejo. «Tengo que hacerlo o quemaré el planetoide», se dijo. Acto seguido, abandonó la cabina de control, imaginándose el estupor de los haphoritas, al ver desaparecer su nave.

Lentamente, voló por el espacio, dirigiéndose hacia el pequeño cohete que le había llevado hasta la estación.

Después de entrar en el aparato, se separó varios miles de metros. Luego hizo presión en el botón rojo de una caja de control que habla llevado consigo todo el tiempo.

Decenas de explosiones se produjeron simultáneamente en numerosos puntos de aquel colosal andamiaje. Los espejos saltaron en pedazos, que empezaron a dispersarse lentamente por el espacio. Viguetas, tensores, tirantes, plataformas... Todo quedó destrozado, absolutamente irrecuperable, salvo para chatarra. .

Pasarían meses, quizás años, antes de que las naves comerciales volvieran a Sikkar-22 para reponer el suministro de energía.

Luego se dispuso a regresar al planetoide, pero se imaginó fácilmente que no iban a recibirle precisamente con los brazos abiertos.

* * *

Alsthom, Erika y todos los huéspedes y empleados del hotel estaban congregados en el comedor y vigilados por media docena de hombres armados que les miraban duramente.

Todos sabían ya lo ocurrido. Hablan visto desaparecer la nave haphorita y habían presenciado también e! fantástico espectáculo de los fuegos artificiales que se habían producido en el espacio. Ahora unos y otros aguardaban el regreso del cazador.

Althom miró a todas partes. Cuatro hombres más estaban en la entrada. Faltaban Diiwon y otro haphorita y, se imaginó, debían de hallarse en la nave de Brunilda, aguardando allí a Lanney, por si decidía no ir al hotel.

Brunilda entró súbitamente con una gran bandeja en las manos.

—Hola, muchachos —dijo alegremente—. ¿Por qué no tomamos una copa para entretener la espera?

Los haphoritas se miraron aprensivamente, pero también con ansiedad en sus ojos. Sonriente, desenvuelta, Brunilda dejó la bandeja sobre una mesa y empezó a llenar las copas.

—Vamos, chicos, un trago no sienta mal a nadie nunca —exclamó—. La vida del soldado profesional es muy dura y conviene alegrarla de cuando en cuando.

Erika comprendió en el acto las intenciones de la joven y avanzó un par de pasos.

—Deja, yo te ayudaré —solicitó.

Erika se arregló el escote y ya apenas tenía nada que ocultar. Con dos copas en las manos, se acercó a otros tantos haphoritas.

—Vamos, valientes, un trago a la salud de Su Infinita Gracia, la gobernadora Thavyra, que es quien paga vuestro salario.

Al principio, los soldados bebieron tímidamente, pero, poco a poco, el alcohol empezó a despojarles de sus inhibiciones. Las camareras, todas ellas jóvenes y atractivas, se unieron a la fiesta.

Los cuatro guerreros que se hallaban en el exterior oyeron el ruido y entraron a ver lo que sucedía. Cinco minutos más tarde, se habían olvidado por completo de la misión que les había llevado a Sikkar-22.

En medio de aquel estruendo, Alsthom se acercó a Brunilda.

—Ha tenido usted una buena idea —dijo—. Pero no lo entiendo; es la comisario de Thavyra, partidaria, se supone, de la invasión, y, sin embargo, parece ponerse del lado de los terrestres.

Ella le dirigió una larga mirada, a través de sus espesas pestañas.

—No puede comprenderlo y no es hora, todavía, de que se lo explique —respondió.

Alsthom se encogió de hombros.

—Como guste —respondió—. Pero ¿ya se da cuenta de que un día los terrestres pueden exigirles responsabilidades?

—Lo sé perfectamente.

—¿Y...?

—Perdone, pero no puedo ser más explícita. De todos modos, lo que estoy haciendo, ¿va en contra de sus intereses?

—Ahora, no, evidentemente, pero a la larga...

—A la larga, el beneficio será mucho mayor que si yo no estuviese aquí, puede tenerlo por seguro.

—Algún día tendré la explicación... espero —dijo Alathom—. De momento, le diré que ha tenido una idea magnífica.

El estruendo era inenarrable. Todas las chicas se aplicaban a hacer beber a los soldados. Dos de ellas se subieron a una mesa y empezaron a bailar una disparatada danza, a la vez que se despojaban de sus ropajes.

—Esto acabará en una orgía —dijo Brunilda, disgustada.

— No lo crea. Hay que estimular a que sigan bebiendo.

Caerán redondos antes de que tengan tiempo de apreciar la... belleza de mis camareras.

—¿Sus camareras o sus prostitutas?

—Ninguna está aquí a la fuerza —contestó Alsthom, riendo cínicamente—. Todas vinieron voluntariamente, sabiendo lo que tenían que hacer.

—Les debe de gustar, supongo.

—Están aquí un par de años y vuelven a la Tierra con una saneada fortunita. Esto da mucho dinero, créame, aunque ahora, sin la estación de energía, pasaremos una temporada muy critica.

—¿Ha consentido usted en el sacrificio, sin esperar ninguna compensación? —se asombró Brunilda.

—Cuando hayan construido la nueva estación, subiré los precios, Y, en último caso, vendería el planetoide. Es mío, ¿sabe? —fue la sorprendente respuesta de Alsthom.

Brunilda volvió la cabeza. Algunos de los haphoritas rodaban ya por el suelo, completamente embriagados. Pero faltaban dos: Diiwon y otro.

—Están aguardándole en mi nave —dijo, terriblemente aprensiva.

—Rick es cazador. Tiene experiencia —respondió Alsthom.

—¿También para cazar hombres?

—¿Qué es el hombre, sino un animal, señora? —dijo el dueño del hotel intencionadamente.

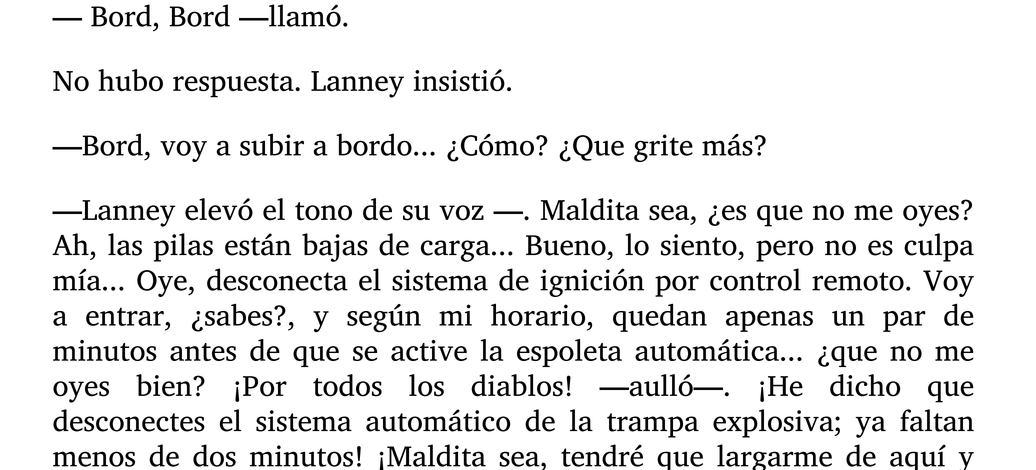
CAPÍTULO VIII

La nave se hallaba en el mismo sitio que a la llegada.

Despojado de las ropas del espacio, Lanney corrió agachado hacia el aparato, hasta llegar a las inmediaciones, situándose en el costado opuesto a la escotilla de acceso.

Escuchó unos momentos. Luego, poco a poco, empezó a dar la vuelta, para pasar al otro lado. Antes de llegar a la escotilla, se detuvo y sacó

un transmisor individual.



— Bord, Bord —llamó.

No hubo respuesta. Lanney insistió.

—Bord, voy a subir a bordo... ¿Cómo? ¿Que grite más?

—Lanney elevó el tono de su voz —. Maldita sea, ¿es que no me oyes? Ah, las pilas están bajas de carga... Bueno, lo siento, pero no es culpa mía... Oye, desconecta el sistema de ignición por control remoto. Voy a entrar, ¿sabes?, y según mi horario, quedan apenas un par de minutos antes de que se active la espoleta automática... ¿que no me oyes bien? ¡Por todos los diablos! —aulló—. ¡He dicho que desconectes el sistema automático de la trampa explosiva; ya faltan menos de dos minutos! ¡Maldita sea, tendré que largarme de aquí y permitir que la nave salte en pedazos!

Apenas había pronunciado la última palabra, dos hombres salieron precipitadamente de la nave, llenos de pánico. Lanney les encañonó con una pistola.

—Eh, amigos...

Diiwon y el otro se volvieron.

—Miren esto —dijo el cazador—. Dispara dardos venenosos. Pueden morir en menos de treinta segundos... y morirán, a menos que levanten las manos inmediatamente.

—¡La nave va a explotar! —gritó Diiwon.

— Estúpido —rió Lanney—. Fue un ardid para hacerles salir fuera y sorprenderles.

La mano de Diiwon bajó inmediatamente a la culata de su pistola.

—Quietecito, amigo —dijo el cazador—. No me obligue a matarlo.

—Puedo disparar mucho más pronto que usted...

— Está equivocado. Cuando abrasé su nave, los rayos secundarios arrebataron la energía de todas las armas de ese tipo. Y si no, ¿por qué cree que uso una pistola que dispara dardos tóxicos?

El rostro de Diiwon se nubló.

—Piensa en todo —dijo.

—Estoy empeñado en un juego, donde se puede perder la vida, en cuanto se cometa el menor error — Lanney movió la mano armada—. Vamos, dejen caer las pistolas y retírense una docena de pasos.

Los haphoritas obedecieron. Entonces, Lanney dio unos pasos hacia adelante y se apoderó de las armas. Guardó la suya, metió una pistola en el cinturón y agitó la otra con la sonrisa en los labios.

—Era mentira. No hay tales radiaciones secundarias. Las pistolas funcionan perfectamente.

Un grito ronco brotó de los labios de Diiwon. La cólera le cegó.

Había sido engañado cruelmente por el terrestre. La estación de energía, que él debía proteger, había sido destruida. Su nave se había vaporizado y ahora se había visto sin su pistola, a causa de una treta del terrestre, un ardid en el que no habría caído un chiquillo de pocos años.

Perdió la cabeza y echó mano al enorme machete que aún llevaba al cinto. Tiró de la empuñadura y levantó el acero sobre su cabeza, para lanzarlo contra el cazador.

Lanney conocía bien los horribles efectos de aquellos machetes. En manos de un tirador experimentado, podían partir a un hombre por la mitad.

El acero partió silbando, pero no encontró su blanco. Lanney habla saltado a un lado, a la vez que apretaba el gatillo.

En el rostro de Diiwon apareció inmediatamente una expresión de indescriptibles sufrimientos. En cuestión de segundos, su cuerpo perdió la forma original y se convirtió en una horrible pasta, que se extendió lentamente por el suelo, entre las ropas que habían caído al perder la sustentación de su contenido.

El otro haphorita estaba lívido.

—No me mates... rogó.

Lanney le miró torvamente.

—Tienes un hacha de doble filo. Déjala caer al suelo —ordenó.

El hacha cayó a tierra. Luego, Lanney movió una mano.

—Andando —dijo.

Cuando llegó al hotel, se encontró con una escena singular. Reinaba una alegría indescriptible. Todo el mundo reía y cantaba a pleno pulmón. Muchas de las camareras se hablan despojado de sus ropas y bailaban con los hombres.

Diez haphoritas yacían en el suelo. Alsthom salió al encuentro del recién llegado con una copa en la mano. El dueño del hotel, evidentemente, estaba algo achispado, pero se mantenía relativamente sereno.

—Fue idea de la «comisaria» —dijo—. Empezó a servirles bebidas...

—No estuvo mal pensado —sonrió Lanney—. A ella no la veo aquí.

—Se retiró a su habitación en cuando vio el sesgo que tomaba la fiesta. Claro está, nosotros tuvimos que beber también un poco y ahora algunos se han desmandado...

— Procura contenerlos. Bord, siento lo de la estación.

—No te preocupes. A fin de cuentas, era ya de un tipo anticuado. Las actuales hacen la recarga en doce horas. Con ésta se empleaban, al menos, dos días. A ver si ahora se animan a enviar la nueva, anunciada desde hace años, pero sin que nadie dé un paso para montarla sobre Sikkar-22.

—Ojala sea así, como dices.

Alsthom movió la mano en círculo.

—Cazador, somos buenos amigos y yo te debo dinero, pero te descontaré el importe de las bebidas.

—Muy lógico.

—Pásale la factura a ella.

—No me hagas reír. Van a invadir la Tierra a lo pobre... Sólo les faltaba ponerse en una esquina, con un sombrero viejo en la mano...
—Una limosnita para los gastos de invasión de ustedes»... ¿Te explicas una estupidez semejante?

—No, no tiene explicación, y eso me extraña, porque si yo fuese a invadir la Tierra, gastaría el dinero a manos llenas.

—Thavyra debe de ser muy tacaña, no cabe duda. Sólo le dio cuarenta mil garants.

—¡Qué roñosa! —se escandalizó Alsthom—. Con eso no tenía suficiente para comprarse un par de vestidos de ceremonia.

—Tendré que averiguar por qué envían a una representante personal de SIG con los bolsillos vacíos o poco menos. Hasta luego.

Lanney echó a andar y, momentos más tarde, llamaba a la puerta de la habitación de Brunilda.

* * *

—Lo que está sucediendo abajo es vergonzoso —clamó la joven.

Lanney hizo un gesto de indiferencia.

—No lo tomes en cuenta. Hombres, mujeres y un poco de alcohol… más la euforia de haber derrotado a unos salvajes… Además, la idea fue tuya.

—Sí, pero yo sólo quería emborrachar a los haphoritas.

—Las cosas, a veces, se sabe cómo empiezan, pero nunca como acaban. Y lo mismo puede suceder con la invasión de la Tierra.

—Resultará fácil…

—Puede ser, pero, por si acaso, no te fíes. Actualmente, los terrestres tenemos fama no de holgazanes, porque trabajamos muchísimo, pero si de despreocupados e indiferentes a todo lo que no sea nuestro sistema actual de vida. Ustedes creen que se dejarán sojuzgar, si les prometen no alterar su actual status, pero puede que las cosas sucedan de otro modo.

—¿Sugieres una rebelión?

—Exactamente.

—Tenemos a los haphoritas…

Brunilda se mordió los labios y calló.

— Tardarán mucho en llegar, si es que llegan —dijo Lanney—. Zelshold no querrá correr el riesgo de quedarse sin energía a mitad de viaje. Esperará a que se haya instalado una nueva estación de recarga y eso puede suceder dentro de algunos años.

—Si lo que dices es cierto, entonces nos has asestado un buen golpe — contestó Brunilda.

—Quizá cometiste un error al no impedir que me ejecutaran.

Lanney se encaminó hacia la puerta, pero se volvió antes de salir.

— Por cierto, la fiesta te va a costar un ojo de la cara —sonrió.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Las bebidas.

—¡Pero si no tengo dinero! —clamó la joven.

Lanney meneó la cabeza.

— Thavyra debería haber comprado un manual que vi hace tiempo en una librería. El título era: Cómo invadir un planeta sin dinero. Apréndalo en diez fáciles lecciones, mediante nuestro método cómodo, sencillo y práctico.

Ella comprendió el reproche y se puso colorada.

—La verdad, no sé por qué la gobernadora se mostró tan tacaña... Se lo dije, pero no me hizo caso; decía que ya tenía más que suficiente...

La puerta del cuarto se abrió bruscamente y Erika, semidesnuda, con una botella en la mano y dos copas en la otra, gritó estridentemente:

—¡Cazador, vamos a divertirnos! Lanney soltó la carcajada.

—Ahora mismo, preciosa —contestó.

Agarró a la mujer por la cintura y desapareció, acompañándola desafinadamente en una canción cuya letra horrorizó a Brunilda.

Instantes después, Brunilda cerraba la puerta de un violento puntapié.

—Ridículo, he hecho el ridículo más espantoso...

La joven pasó el resto de la jornada en su habitación, sin querer salir

para nada. Durmió mal y, al despertar, supo que había tomado una decisión.

Poco después, se encontraba con Alsthom.

—¿Dónde está el cazador? —preguntó.

—Ha salido, señora. No sé cuándo volverá... ¿Tiene que decide algo urgente?

—Sí —contestó ella con ojos llameantes—. Sólo una cosa, y puede decírsela si le ve antes que yo.

—De acuerdo. ¿Qué es, señora?

—¡Al cuerno con la invasión!

Alsthom ocultó una sonrisa.

—Creo que tardaremos un poco en decírselo —manifestó.

—¿Por qué? —preguntó Brunilda, muy intrigada.

Alsthom la agarró por un brazo y la condujo a la puerta del hotel. Luego tendió la mano y señaló un punto determinado.

—Se ha marchado —dijo.

Atónita, Brunilda observó la falta de la astronave, de la que no había el menor rastro.

—No me dijo nada...

— Tampoco a mí. Bueno, me dijo que se iba, pero no dio más detalles. Se fue a la nave, levantó el vuelo y...

Brunilda bajó la cabeza, abrumada por una invencible sensación de derrota.

—Ha demostrado ser más listo que todos nosotros —dijo—. Ya no habrá invasión de la Tierra.

Alsthom sonrió.

—Alégrese y no lo lamente —contestó—. Póngase en lugar de los terrestres y piense en lo que les pasaría a los habitantes de Evorhyx-3 si las gentes de otro planeta decidieran invadirlos y esclavizarlos por

la fuerza.

—Sí, estoy de acuerdo, pero es que lo que yo quería…

—Brunilda se interrumpió súbitamente y, desmadejada, concluyó

—¡Bah, ya no importa nada!

De pronto, se volvió hacia Alsthom.

—Estoy sin blanca, como dicen ustedes, los terrestres. ¿No tendría un empleo para mí?

—¿De camarera? —se asombró el dueño del hotel.

—No, de friegaplatos —contestó ella resueltamente.

CAPÍTULO IX

Entró en su habitación y se dirigió a la mesa donde tenía una serie de frascos y tarros de todos los colores y tamaños, y cada uno con su etiqueta correspondiente, que indicaba el contenido. Parecía infinitamente cansada y antes de hacer nada, se apoyó en la mesa con ambas manos y cerró los ojos un instante.

Su cuerpo, cubierto con una larga túnica azul oscuro con orlas plateadas, era todavía esbelto, aunque daba la sensación de estar poseído por una fatiga infinita. El pelo había sido peinado cuidadosamente para la ceremonia que acababa de tener lugar, pero había perdido su brillo y ya se veían en él numerosas hebras blancas.

Al cabo de unos momentos, reaccionó y se irguió ligeramente. Sobre la mesa había también una jarra con agua y algunos vasos. Llenó uno y después abrió uno de los tarros.

Frunció el ceño. El tarro estaba completamente vacío.

«Bueno —murmuró—, cuando se acaba esta medicina, se puede tomar unas gotas de esta otra…»

Levantó un frasco y lo halló igualmente vacío.

Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios, resecos y acartonados. Terriblemente nerviosa, abrió todos los frascos y botes, encontrándose con el mismo decepcionante resultado.

—¿Quién ha sido el hijo de perra que me ha dejado sin mis medicinas? —exclamó en voz alta, a pesar de que estaba sola.

—Yo, señora.

Thavyra de L'Shull, gobernadora del 7º Hípersistema, giró en redondo. Sólo entonces se dio cuenta de que había alguien más en la estancia.

El hombre estaba sentado en una butaca, con actitud displicente, cruzadas las piernas y la sonrisa en los labios. A Thavyra le pareció vagamente conocido.

—¿Quién eres tú?

—Rick Lanney, cazador.

Thavyra frunció el ceño.

— ¿Cómo has entrado aquí? Mi residencia está muy vigilada...

—Sería largo de explicar. Lo único que debes saber es que he entrado para que me digas dos cosas: el plan previo a la invasión de la Tierra y la clave que has establecido para comunicarte con Eudyrnos, el mercader.

Thavyra sonrió burlonamente.

—Eres muy audaz al haber llegado hasta aquí, salvando la vigilancia; pero demuestras ser tonto al pensar que te diré sin más esas dos cosas —repuso.

Lanney no se inmutó.

—Me lo dirás, y quizás por gratitud y no a la fuerza —manifestó.

—¿Gratitud yo? —se encrespó la gobernadora—. ¿Por qué he de sentir agradecimiento hacia un hombre al que no conozco, a quien no debo ningún favor y que, además, ha entrado sin permiso en mi residencia?

—Tú hablas de gratitud, pero te refieres al pasado, sin pensar que puedes sentir agradecimiento hacia mí, por algo que yo haga en tu favor en el futuro. Realmente, ya he empezado a actuar en tu beneficio, aunque no lo creas.

Thavyra entornó los ojos.

—Apostaría algo que eres tú el que se ha llevado todos los medicamentos que me han prescrito los médicos —dijo.

—¿Qué médicos?

—Bien, especialistas sobre... ¿Qué diablos te importa a ti?

—Especialistas en geriatría precoz, o progeria, como prefieras. ¿No es así?

—¡Por la Galaxia! ¿Cómo sabes tantas cosas de mí? ¡Es un secreto de Estado! —tronó la gobernadora.

Lanney se echó a reír.

—¿Secreto de Estado? ¿Es que no te muestras jamás en público? ¿Permaneces constantemente escondida ante tus súbditos, sin que ninguno de ellos te vea jamás la cara?

Thavyra se tocó las mejillas con ambas manos.

—He envejecido prematuramente a causa de las preocupaciones del cargo —respondió.

—No me tomes por tonto —dijo Lanney con acento irónico—. Aparentas sesenta y cinco años y tienes veinticinco menos. Tu cara está llena de arrugas y la mitad del pelo está ya blanco. ¿Recuerdas cómo eras hace sólo cinco años? Cuando accediste al cargo.

—Por favor, no me lo recuerdes...

Lanney se puso en pie y dejó sobre la mesa una cartulina que medía más de medio metro de lado. Thavyra la miró un momento y luego volvió el rostro, con los músculos faciales completamente crispados y un temblor espasmódico en ambas manos.

— No, no quiero ver eso.

—Aquí estás retratada la víspera de tu nombramiento —dijo Lanney, implacable—. En esa fotografía se ve a una mujer de treinta y cinco años, rebosante de esplendor físico, con un rostro no demasiado bello, todo hay que decirlo, pero con la suficiente expresión de simpatía para resultar sumamente atractivo. Entonces sonreías fácilmente y tenías una palabra amable para todo el mundo. Todos te querían... y ahora todos te encuentran horrible y te detestan.

—He envejecido… Mi humor se ha agriado…

— En parte, es verdad. Tu continuo malhumor se debe al envejecimiento, del que alegas se debe a tus preocupaciones. Pero sabes muy bien que eso no es suficiente para haberte arrojado casi de golpe un cuarto de siglo encima de tus espaldas.

Thavyra se revolvió rápidamente.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? Es un secreto que conocen muy pocas personas…

—Salvo los farmacéuticos que preparan las especialidades que consumes, ninguno de los cuales comprende muy bien tus ganas de envenenarte lentamente con esas porquerías. Dos de ellos se encargaron de despachar las recetas y sus locales fueron cerrados y ellos encarcelados por supuesto envenenamiento de otros clientes.

—No puedo creerlo —dijo ella—. Es la primera noticia que tengo… Confío absolutamente en mis médicos…

— Yo no confiaría en ellos ni para curar un simple catarro —respondió el cazador desdeñosamente—. No son los mismos médicos que formaban parte del personal del gobierno cuando tú accediste al cargo, ¿verdad?

—Es cierto. Dimitieron a poco, sucesivamente… y luego alguien nombró a otros tres…

—¿Quién hizo esos nombramientos?

— Mi secretario personal, claro.

—¿Cómo se llama?

—Garkhon Beuhriling. Es hombre de toda confianza…

Lanney sonrió.

—Se puede confiar en él tanto como en los médicos que están tratando tu progeria. Bien, lo primero que debes saber es que no necesitas tomar absolutamente ningún medicamento.

—¿Dónde están? Hay dos, al menos, que me resultan imprescindibles… Me encuentro muy mal cuando no los tomo… —dijo ella ansiosamente.

—Son drogas que han creado hábito en ti, pero es preciso que elimines esa necesidad. Y yo voy a conseguirlo.

—Dentro de tres horas, habré de tomar una píldora... Al amanecer, seis gotas de...

—¡No tomarás nada! —dijo Lanney enérgicamente.

—Gritaré, pediré socorro, haré que venga la guardia...

El cazador sonrió.

— Tienes una habitación preciosa —elogió—. Lo que más me gusta de todo es el techo.

Thavyra elevó el rostro maquinalmente. Lanney movió el puño y lo estrelló contra su mentón. La mujer dobló las rodillas y cayó al suelo sin conocimiento.

Acto seguido, Lanney sacó del bolsillo una pequeña jeringuilla y aplicó la aguja al brazo izquierdo de la mujer. Cuando terminó de poner la inyección buscó un manto, envolvió su cuerpo y se lo echó al hombro.

—Es un saco de huesos con pellejo —rezongó, mientras caminaba en busca de la salida.

* * *

Los días que siguieron fueron una especie de constante nebulosa para Thavyra. Al fin, empezó a recobrar la consciencia.

Una mañana despertó y se encontró en el suelo, dentro de un saco de dormir. A poca distancia, vio la espalda de un hombre, sentado en el borde de un arroyo, con una caña en las manos.

Muy débil, incapaz apenas de moverse. Thavyra se arrastró hacia el sujeto.

—Ayúdame... Me he perdido... No se dónde estoy... Lanney volvió el rostro.

—No te has perdido —contestó—. Estás en Noratt-02. Ella se dejó caer de costado.

—Es... incomprensible... ¿Qué hago yo aquí? Anoche estaba en mi residencia...

— Eso fue hace diez días. Han sido doscientas cuarenta horas de infierno para ti, pero te recobrarás.

—¿Por... por qué has hecho eso?

— Porque estabas matándote con tus drogas, acelerando el proceso de envejecimiento, para que nadie pudiera decir un día que tu muerte no había sido debida a enfermedad.

Thavyra hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo. Luego se apartó con la mano un mechón de cabellos.

— Recuerdo haber hablado contigo...

— Tendremos tiempo de recordar —dijo él—. Ahora, lo primero que debes hacer es comer, para iniciar tu convalecencia, porque has superado el síndrome de abstinencia. Por fortuna, pasaste la mayor parte del tiempo inconsciente. Traje una cámara y grabé algunos momentos de tu «enfermedad», si es que se la puede llamar así. Un día contemplarás esas escenas y sentirás un horror que no olvidarás jamás.

Lanney hincó la caña en el suelo, se puso en pie y agarró el brazo de la gobernadora.

— Pesas menos que una pluma, pero yo me encargaré de que ganes veinte kilos en otros tantos días a partir de ahora —dijo firmemente.

Thavyra empezó a recobrarse gradualmente. Pocos días más tarde, ya podía pasear sin ayuda por los alrededores del campamento que había instalado el cazador. Los colores volvieron a sus apergaminadas mejillas y la piel dio las primeras muestras de recobrar su tersura primitiva.

—No entiendo cómo lograste averiguar tantas cosas, cuando nadie se había apercibido de ello —dijo Thavyra una semana más tarde.

—Es bien sencillo. Yo estaba preocupado por la invasión de mi planeta y te recordé en más de una ocasión. Pero te había visto alegre, atractiva, amable con todo el mundo... y esa imagen no cuadrada en absoluto con la que pude apreciar mucho más tarde, la imagen de una mujer de voz ronca, piel de pasa y genio de diablo. Entonces vine a la capital y empecé a hacer preguntas a unos cuantos amigos. Así supe

algunas cosas, deduje otras... y confirmé el resto cuando vacié las medicinas por el sumidero de tu cuarto de baño.

— Bien, pero todo esto es obra de alguien que desea mi muerte, y el caso es que yo no tengo la menor sospecha de la persona que pudo hacerlo —alegó Thavyra.

—Yo, sí —contestó Lanney.

—¿Quién, cazador?

Lanney sonrió.

—Espero que sientas la suficiente gratitud hacia mí para decirme el plan de invasión y darme la clave para comunicarte con el mercader, tanto por mensajes de radio subespacial como escritos y entregados por mensajeros personales.

—¿Estás seguro de que te lo diré?

—¿Qué sientes ahora, cuando ya no necesitas tomar ninguna medicina, estás viviendo al aire libre y comiendo alimentos enteramente naturales, entre los que se incluye una gran cantidad de vegetales?

Thavyra cerró los ojos unos instantes. Luego, lentamente, dijo:

— Desde que no tomo las medicinas, siento que me hierve la sangre... Como si volviera a la juventud...

—Un amigo mío dijo que los medicamentos que tomabas tenían también el efecto de culata de rifle —sonrió Lanney.

—¿Cómo se explica eso?

—Cuando se dispara un rifle, la bala sale por el cañón y la culata golpea el hombro del tirador. En este caso, la bala son las medicinas que te envejecían y la culata es su ausencia. Al dejar de tomarlas, estás volviendo de nuevo, y con mayor rapidez de lo que pensaba, a la edad que tienes realmente.

Thavyra abrió la boca, estupefacta.

—¿Es cierto, cazador?

—En tu equipaje tienes un espejo. No lo has usado hasta ahora por temor a verte la cara. Convendría que te mirases un poco.

Ella se puso en pie y echó a correr. A los pocos momentos, volvió con el rostro transfigurado.

—Esto parece un milagro...

—Hubiera sucedido lo mismo, con unos médicos honestos, sólo que ellos habrían prescrito un tratamiento muy complejo y lento en sus efectos. Así ha sido mejor: el shock del síndrome de abstinencia, duro y terrible, pero necesario, y no has tomado más medicinas. Suma a todo esto la vida al aire libre, alimentos naturales y... Bien, creo que lo comprendes ya, ¿verdad?

—Y a cambio de lo que has hecho por mí, me exiges dos cosas.

—Ya lo sabes, Thavyra.

Hubo un momento de silencio. Luego, ella dijo: —Permite que lo piense un poco, por favor.

—Como quieras. No tengo demasiada prisa. A fin de cuentas, el mercader ha retrasado la invasión, porque no podrá contar con los mercenarios haphoritas en la fecha acordada.

— Me dijeron que la estación de Sikkar-22 había sido destruida.

—Lo hice yo, y aunque un tanto involuntariamente, ayudado por tu representante.

—¿Brunilda? —dijo ella, estupefacta.

—La misma.

—Esa traidora...

— Tenía su propio plan, de modo que no te traicionó. Lo único que quería era conquistar la Tierra según unos métodos que aún no he llegado a saber. Pero, aun suponiendo que lo fuese, su deslealtad no puede compararse en absoluto con la de otras personas.

A pesar de todo, Thavyra no se rendía. Los días fueron transcurriendo y llegó el momento en que Lanney juzgó conveniente emprender el regreso.

El aspecto de Thavyra habla cambiado de una forma radical, casi prodigiosa. Era prácticamente la misma de cinco años antes y su rostro y su figura tenían ahora un atractivo difícil de ignorar.

Aquel día, Lanney habla salido a cazar para la cena. Cuando regresó al campamento, vio a Thavyra, en pie sobre una roca, que daba al río junto al que habían acampado.

—¡Eh, cazador! —gritó ella, a la vez que dejaba caer al suelo los ropajes—. Mira y dime qué te parezco ahora.

Lanney contempló aquel hermoso cuerpo desnudo y sonrió. En el mismo instante, divisó algo que brillaba entre los ramajes de la orilla opuesta.

En una fracción de segundo, su instinto de cazador le hizo saber que Thavyra corría un gravísimo peligro.

CAPÍTULO X

El veneno empleado en los dardos con que cazaba animales para obtener sus pieles hacia su carne inútil para el consumo, por lo que Lanney utilizaba un rifle convencional cuando necesitaban comer. Era el que tenía en las manos y, sin pensárselo dos veces, abrió el fuego contra la orilla del arroyo.

Disparó una larga salva. Los pájaros alzaron el vuelo, asustados por los estampidos. Thavyra, todavía desnuda sobre la roca, se sentía desconcertada.

Alguien lanzó un horrible chillido entre el follaje. Luego, un cuerpo humano atravesó la espesura y se precipitó en el agua, con gran alboroto de espumas.

Lanney recargó el rifle inmediatamente. Thavyra, asustada, sostenía las ropas delante de su cuerpo.

—¿Qué ocurre, Rick? —preguntó.

—Será mejor que te vistas —contestó él.

En el mismo instante, vio venir corriendo a un hombre, seguido de dos más, que vestían uniforme.

—¡Señora! —gritó el recién llegado—. Al fin te he encontrado…

—¡Garkhon! —exclamó Thavyra.

—Desapareciste de la residencia y nadie sabía adónde podías haberte dirigido, señora —contestó el secretario—. Yo empecé a investigar y, al fin, se me ocurrió que podías haber venido a Noratt-02, para descansar un poco… Pero he oído tiros, señora. ¿Qué ha pasado.

—Alguien quería matarme, Garkhon —respondió ella—.

El cazador me ha salvado la vida.

Beuhriling volvió la vista hacia Lanney y le dirigió una mirada cargada de odio.

—Debo felicitarte, cazador —dijo—. Su Infinita Gracia sabrá agradecértelo, sin duda alguna.

— SI, seguro —respondió Lanney con aire displicente—.

Todavía me lo agradecerá más, cuando sepa que eras tú el que dirigía su proceso de envejecimiento, tras haber comprado a unos médicos sin conciencia y, por supuesto, de acuerdo con tu desaprensivo hermano, Eudyrnos Farhan.

—Estás loco, cazador —respondió el secretario—. No sé nada de lo que me estás diciendo…

—¡Mira a la gobernadora! Acabas de llegar y ella tiene la apariencia de su edad real… y ni siquiera has mostrado asombro por su recuperación. ¿Por qué, si eres hermano de Eudyrnos, ocultas tu nombre bajo un apellido falso? ¿Por qué, previendo su posible curación, habías apostado a un asesino en la espesura?

El secretario retrocedió unos cuantos pasos. Habla un brillo de locura en sus ojos.

—¡No le creas, señora! —gritó—. Este demente te ha sorbido el seso con sus absurdas historias, que no tienen el menor fundamento.

— Thavyra, esos dos guaridas que le acompañan han venido, seguramente, para ser testigos imparciales de un error de cálculo por parte de un cazador que se equivocó en sus disparos. Ordénales que busquen el cadáver del hombre que no pudo asesinarte —dijo Lanney.

Thavyra movió una mano.

—Buscad ese cuerpo —dijo.

Los dos guardias, disciplinadamente, echaron a andar. En el mismo instante, Lanney apreció un movimiento de la mano derecha del secretario.

No se lo pensó dos veces. Volvió el rifle y, desde la cadera, disparó una fragorosa andanada.

El hermano de Eudyrnos abrió los brazos, chilló agudamente y cayó de espaldas, con el pecho destrozado por los proyectiles. Pateó un poco, pero se quedó quieto en pocos instantes.

—Eres terrible, cazador —dijo Thavyra. Lanney hizo una mueca.

—Espera unos minutos, por favor. Poco después, volvió al campamento.

—El muerto era Hahno Lattegar, cazador profesional, pero también asesino a sueldo, cuando se le pagaba adecuadamente.

—¿Lo conocías?

— Todos los del oficio nos conocemos y cada uno sabe de qué pie cojean los demás.

Thavyra sonrió.

—Creo que, efectivamente, has ganado la partida, cazador —dijo.

—¿Y bien?

—Te lo diré a la noche… en el interior de mi tienda.

Lanney la contempló críticamente.

—No puedo rechazar la oferta —rió.

—Me pediste dos cosas y tendrás tres — dijo ella significativamente.

* * *

Lanzó un suspiro de cansancio y se apartó de la frente un mechón de pelo que casi le ocultaba la visión. Luego agarró un plato más y lo puso bajo el chorro de agua caliente.

En el mismo instante, sintió una fuerte palmada al final de la espalda. Brunilda lanzó un grito y dejó escapar el plato, que se estrelló ruidosamente contra el suelo.

—¿Quién ha sido el atrevido...?

Al volverse, divisó a Lanney a dos pasos de distancia, sonriendo irónicamente.

—Hola, Cenicienta —dijo.

—Yo no me llamo así —contestó ella, malhumorada.

—Lo sé, pero tienes todo su aspecto...

—¿Quién era la Cenicienta?

—Ya lo sabrás, cuando lleguemos a la Tierra y conozcas algunas de sus leyendas. Ahora, sécate las manos; quiero enseñarte una cosa.

Brunilda obedeció. Lanney llevaba una bolsa pendiente del hombro izquierdo y sacó algo que puso en manos de la joven.

—¿Qué te parece?

Ella, estupefacta, contempló a la hermosa mujer que aparecía en la fotografía, ataviada con las insignias propias de su rango de gobernadora del 7º Hipersistema. Junto a Thavyra, se veía un hombre algo mayor que ella, de agradable presencia.

—La mujer parece...

—«Es» —afirmó Lanney—. El es Rassall, nuevo primer ministro y, según tengo entendido, antiguo admirador de la gobernadora.

— Pero ella está rejuvenecidísima...

—¿Es que no la recuerdas ya cómo era hace cinco años?

—Si, pero estaba muy enferma...

Lanney la agarró por un brazo.

—Anda, deja ya ese maldito fregadero y ven conmigo; tenemos mucho de qué hablar

—No puedo, cazador —respondió ella.

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Todavía estoy pagando la juerga del día en que capturamos a los hombres de Diiwon. No tienes idea de los precios de las bebidas...

Lanney lanzó una estruendosa carcajada.

— Me gusta que tengas tu orgullo —dijo—. Pero no te preocupes por el dinero; ese viejo zorro de Alsthom me debe todavía bastante más de un millón. Vamos, tenemos que hablar largo y tendido.

Momentos después, se hallaban en la habitación de Lanney. Después de servir dos copas, Lanney empezó a hablar.

Cuando terminó, Brunilda se sentía a la vez estupefacta y deslumbrada.

—Entonces, existía una conspiración contra ella —dijo.

—Ideada por el mercader y secundada por su hermano y algunos desaprensivos más —confirmó Lanney.

—Pero, ¿qué pretendían con la muerte de Thavyra?

—Ella ya no hubiera vivido más de un año, dos a lo sumo. Eudyrnos tiene la suficiente influencia en ciertas esferas, para conseguir el puesto de gobernador del 7º Hipersistema.

—Entiendo. Y tú has frustrado sus proyectos...

—Por completo, no.

—¿Qué falta, cazador?

—Es preciso viajar a la Tierra e impedir que el mercader ponga en marcha la primera fase de su plan de invasión

—¿Sabes cómo conseguirlo?

—En teoría, sí.

—Falta la práctica, Rick.

—Espero que se desarrolle de acuerdo con la teoría —Lanney sonrió al mirar a la joven—. ¿Cómo se te ocurrió meterte en la cocina a fregar cacharros?

Ella se puso colorada.

—Me sentía muy furiosa. Imagínate, me nombraban representante de la gobernadora y todo mi séquito es un terrestre, en el cual no se puede confiar demasiado. Por si fuese poco, me escatiman los fondos de una manera que se puede calificar de vergonzosa...

—Fue idea de Eudyrnos. Dijo que, en caso preciso, él sufragaría tus gastos, pero, en realidad, lo único que quería era ponerte en dificultades y que te vieras obligada a hacer el ridículo.

—Lo consiguió. He hecho el ridículo más espantoso... A veces me daban ganas de salir a la taberna, a alternar con los clientes... Figúrate tú el escándalo... La sobrina de Thavyra, sirviendo bebidas a los clientes en un lugar de pésima reputación.

—Ah, eres sobrina de Thavyra. No lo sabía.

—Hija de su hermano, pero mi padre detesta la política.

Sin embargo, no se opuso a mi nombramiento.

—Si, ahora lo veo claro. Thavyra, amargada y con la salud arruinada, pudo pensar que la suerte de los terrestres le importaba un rábano. Pero, a pesar de todo, quería tener una persona de confianza para que vigilara a ese pirata sin conciencia que es Dudyrnos.

—Ahora ya no podré hacerlo...

—Haremos algo mejor —aseguró Lanney—. Ya veremos la cara que ponga cuando se entere de que ha muerto su hermano.

—Seguramente, ya lo sabrá, cazador.

— No. Su ausencia ha sido explicada por una enfermedad que le tendrá apartado de los negocios públicos durante un largo tiempo. Por tanto, Thavyra ha nombrado a otro secretario. Incidentalmente, los médicos traidores están en la cárcel.

—Bueno, respiro aliviada, porque, en medio de todo, le tengo mucho cariño y...

Brunilda miró al joven y sonrió.

—¿No se te habrá ocurrido pensar que acerté al insistir en que me acompañaras? — preguntó.

—La verdad es que por haber escuchado una conversación sobre algo que desconocía y en lo que no tenía demasiado interés, me he visto envuelto en una serie de peripecias, que me han puesto encima veinte años. ¿Tengo ya canas en el pelo, Brunnie?

—Yo te veo completamente normal, aunque me imagino que esas frases son metafóricas. Sin embargo, puedes rejuvenecer inmediatamente, volviéndote a Noratt-02 para continuar cazando pieles.

—No puedo, he de ir a la Tierra —alegó él.

—¿Con qué nave?

—Con la tuya, naturalmente...

— No podremos recargar los generadores...

—Conozco un lugar donde podemos hacerlo, sin temor a ser sorprendidos. Es una estación privada y conocida de muy poca gente.

Ella le miró de reojo.

—¿Contrabando?

—No hagas preguntas —rió Lanney—. Allí tampoco las hacen, pero te cuesta un riñón reponer la energía consumida.

—Ya estamos con las de siempre: el dinero, cazador.

—Alsthom me debe un buen pico y vamos a liquidar ahora mismo. Luego ya pasaré la factura a la gobernadora.

—Al menos, podía haberte dado un cheque...

—Hubiera resultado comprometedor. Eudyrnos puede enterarse de nuestra llegada y actuar en consecuencia, pero no debe saber que el viaje está financiado por la propia Thavyra.

—Es decir, en esa estación, no hay... secreto bancario.

—Lo hay, pero prefiero evitar problemas. Nunca se sabe, Cenicienta.

— Bien, ¿cuándo partimos?

—En cuanto Alsthom me haya pagado. Es decir, si estás dispuesta...

—He pasado aquí dos meses espantosos —se lamentó Brunilda.

— Pero has demostrado ser una mujer de temple —contestó él.

—Alsthom no quería que yo estuviese en la cocina, pero insistí hasta que me dejó en paz.

—Eres un poco masoquista, ¿verdad?

—Tengo mi amor propio, cazador.

—Muy bien, quizá ahora, en la Tierra, se te presente la ocasión de demostrado. Y, mientras viajamos, me explicarás el plan que no has podido llevar a cabo —dijo Lanney.

—Era tan sencillo... y habría resultado un éxito —suspiró Brunilda.

—Descuida, acabarás conquistando la Tierra —vaticinó él.

Pero había en su voz un cierto tonillo enigmático y Brunilda no supo descifrar la intención de aquella respuesta.

CAPÍTULO XI

El coche, con ruedas, movido por energía eléctrica, les llevó por una ancha carretera, hasta la cima de la alta colina, desde la que se divisaba un esplendoroso paisaje. En la cumbre había un grupo de edificios, de extraña construcción, y en su parte anterior, una ancha explanada, protegida con una barandilla de hierro, que servía para la observación del paisaje.

Había algunos ociosos, disfrutando del agradable atardecer de aquel día. A lo lejos, el sol se acercaba al horizonte, delimitado por la línea aparentemente recta del océano.

Después de apearse del coche, Lanney condujo a la joven hasta la explanada. Brunilda se apoyó con las dos manos en la barandilla de hierro y aspiró el aire a pleno pulmón.

—Todavía no he salido de mi asombro —dijo—. Esto es tan distinto a lo que yo conozco...


—Son civilizaciones muy diferentes, pero, en el fondo, idénticas, porque tienen una procedencia común —filosofó

Lanney. .

—La mente humana.

—Exacto. Bien, esto es la Tierra… ¿Cómo te sientes, Cenicienta?

Brunilda sonrió al escuchar el apelativo que le daba su acompañante y que evocaba en ella inacabables semanas en Sikkar-22.

—Hablando imparcialmente, Eudyrnos tiene toda la razón al intentar la conquista de este planeta. Le haría inmensamente rico…

—No sólo le importan las riquezas —contestó él—. Pero ya te explicaré en el momento oportuno.

—¿Nos vamos ya?

—Aguarda, todavía no es hora.

El sol era un disco rojo que se hundía en el océano. Más cerca, se divisaban las luces de la ciudad que ya habían sido encendidas y que la convertían en un ascua que despedía resplandores de los más variados colores. Los turistas empezaban a retirarse.

Lanney y Brunilda permanecieron largo rato en el mismo sitio, hasta que la explanada quedó completamente desierta. En los edificios que tenían a sus espaldas, sólo había una luz encendida.

Cuando todo estuvo vacío, Lanney hizo una señal a la joven y caminó hacia la puerta del edificio. Ella le siguió en silencio.

Lanney abrió la puerta ligeramente. Un hombre hablaba con alguien por videófono:

—Sí, señor, lo tengo todo preparado. En cuanto reciba la contraseña, señor. Pero me parece que está tardando demasiado…

—Lo sé, pero no es culpa mía. Yo también espero una señal y por más que me esfuerzo, no acaba de llegar. Lo único que quiero es que no se descuide.

—Puede estar tranquilo, señor —contestó el sujeto.

La conversación cesó. Lanney aguardó unos minutos todavía. Luego,

de pronto, sacó algo del bolsillo y se lo acercó a los labios.

Era una pequeña cerbatana de metal, de unos treinta centímetros de largo. Aspiró fuertemente y luego emitió un seco soplido.

El hombre se dio una palmada en la mejilla.

—Malditos mosquitos...

Pasaron unos segundos. De pronto, el sujeto se desplomó de bruces sobre la mesa.

—Brunnie, trae la lata vacía que hay en el coche —ordenó él.

La joven obedeció. Lanney entró en el cuarto y empezó a mirar a su alrededor.

Frente a la mesa donde yacía el sujeto, se veía un cuadro de control, con distintas esferas indicadoras. Era una consola que llegaba casi hasta el techo y Lanney, después de reflexionar unos instantes, se acercó y, agarrándola por una esquina con ambas manos, la hizo girar a un lado.

Brunilda entraba en aquel momento y se quedó estupefacta.

—¿Qué es eso? —preguntó.

— Los controles del suministro de agua potable a la capital —dijo él —. Pero lo más interesante es lo que hay aquí adentro.

Ella vio a Lanney con una gran lata en las manos, de unos veinte litros. Lanney le hizo señales de que le siguiera y ambos pasaron a un cuarto de baño, en donde él le entregó una máscara antiséptica.

—Póntela —dijo—. Este líquido causa efecto solamente por vía oral, pero nunca se sabe si los vapores pueden afectar al cerebro.

Brunilda asintió. Momentos más tarde, Lanney iniciaba el trasvase del líquido que había en la lata a la que ellos habían llevado vacía.

—¿Por qué no la vacías simplemente en la bañera? —sugirió ella —. Ahora no hay peligro de influencias mentales...

—¿No? ¿Te imaginas qué pasaría si todo el mundo dijera algo a los demás y éstos empezaban a obedecer como borregos? No; vaciaremos el líquido en alta mar, donde allí ya no hay riesgos. Salvo para los peces, naturalmente, pero como no entienden el lenguaje humano, no

acudirán voluntariamente a las redes, aunque se lo pidamos.

—Al menos, no te falta el humor —sonrió Brunilda.

— Pero a veces me hierve la sangre, pensando en lo que hubiera podido pasar si... Bueno, será mejor que lo dejemos. Ya no sucederá y eso es lo que cuenta.

Momentos más tarde, habían terminado el trasvase de aquel líquido que despedía un ligero olor dulzón, pero que era tan claro como el agua. Lanney llenó la lata con agua y la devolvió a su sitio.

La consola quedó en su posición habitual. El hombre continuaba durmiendo.

—¿No recelará cuando despierte? —preguntó ella, aprensiva.

—Es un narcótico muy suave y no deja secuelas. Creerá, simplemente, que se ha dormido. El dardo era de hielo seco, que se fundió a los pocos instantes, sin dejar rastro.

—Piensas en todo, cazador —dijo ella, admirada.

—Conociendo el plan del enemigo, no es difícil idear un contraataque —repuso Lanney.

—Muy bien, el vigilante de la estación de aguas está dormido y hemos logrado el primer objetivo. ¿Cuál es el siguiente?

—Ahora ya sólo quedan en la Tierra seis grandes ciudades —explicó él —. Hemos inutilizado la fuerza de Eudymos en la primera y nos quedan cinco, que podemos realizar en un par de semanas, sin prisas. Núcleos más pequeños de población, granjas y ranchos aislados, carecen de importancia. El interés de Eudymos estriba en dominar las grandes ciudades; con ellas en su poder, el resto habría sido fácil.

—¿Y sus cómplices?

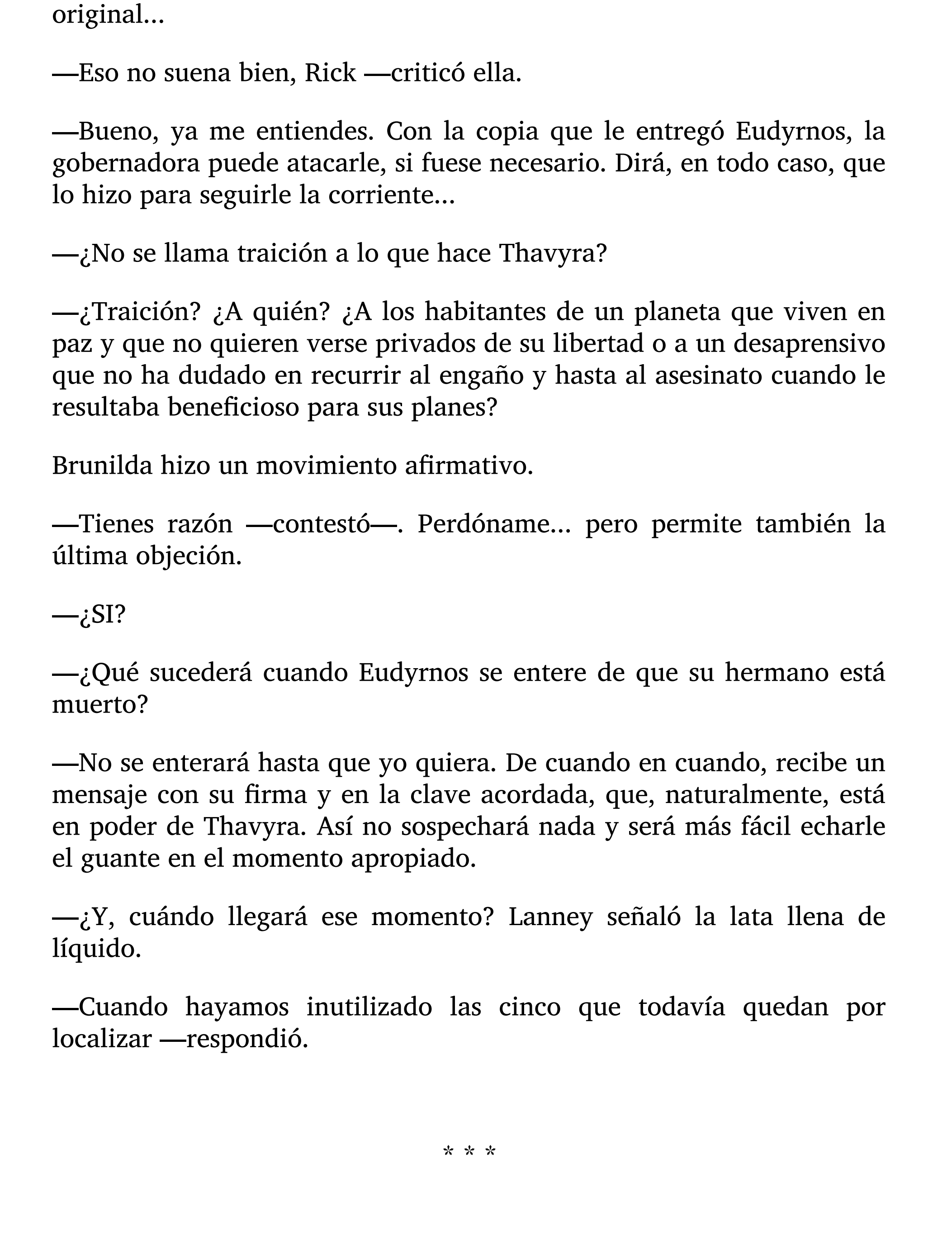
—Tiene menos de los que te imaginas, aunque, eso sí, comprados a peso de oro, como ese idiota que está ahí durmiendo. Y, por supuesto, situados en lugares estratégicos. Pero conociendo su identidad, de nada les servirá.

—No entiendo cómo has llegado a averiguar tantas cosas, cazador.

—Es bien sencillo. Por fortuna, la gobernadora es una persona recelosa... al menos lo era durante la etapa de su enfermedad, que

había producido en ella un cierto desequilibrio psíquico. Por tanto, exigió a Eudymos que le diese una copia detallada del plan.

—Y tú tienes la copia…



—La copia de la copia —sonrió él—. Thavyra guarda la copia original…

—Eso no suena bien, Rick —criticó ella.

—Bueno, ya me entiendes. Con la copia que le entregó Eudyrnos, la gobernadora puede atacarle, si fuese necesario. Dirá, en todo caso, que lo hizo para seguirle la corriente…

—¿No se llama traición a lo que hace Thavyra?

—¿Traición? ¿A quién? ¿A los habitantes de un planeta que viven en paz y que no quieren verse privados de su libertad o a un desaprensivo que no ha dudado en recurrir al engaño y hasta al asesinato cuando le resultaba beneficioso para sus planes?

Brunilda hizo un movimiento afirmativo.

—Tienes razón —contestó—. Perdóname… pero permite también la última objeción.

—¿SI?

—¿Qué sucederá cuando Eudyrnos se entere de que su hermano está muerto?

—No se enterará hasta que yo quiera. De cuando en cuando, recibe un mensaje con su firma y en la clave acordada, que, naturalmente, está en poder de Thavyra. Así no sospechará nada y será más fácil echarle el guante en el momento apropiado.

—¿Y, cuándo llegará ese momento? Lanney señaló la lata llena de líquido.

—Cuando hayamos inutilizado las cinco que todavía quedan por localizar —respondió.

* * *

Se apeó del coche en que habla viajado y avanzó a grandes zancadas por el centro de la avenida que conducía a la casa donde residía. Detrás de él trotaban dos sujetos de rostros estólidos, que eran sus guardaespaldas.

Lanney y Brunilda vieron al mercader dirigirse a la casa.

—Va echando chispas —comentó ella.

—Empieza a sentirse impaciente —sonrió él—. Pero ahora se pondrá muy contento cuando su secretario Orkwos le dé la buena noticia.

Lanney sacó del bolsillo la cerbatana y empezó a preparar los dardos narcóticos.

—Me parece poco —observó Brunilda.

—Es para los mastines bípedos que cuidan la entrada.

Dentro de la casa usaré, si es necesario, un arma muy distinta.

Eudymos había desaparecido ya de su vista, porque había franqueado el umbral. Casi en el mismo instante, un hombre salió a su encuentro.

— Estoy que reviento —dijo el mercader coléricamente—. Los días y las semanas transcurren, y mi hermano me dice que todo va bien, pero no acaba de enviarme la señal...

— Perdón, señor —dijo Orkwos—. Creo que hemos recibido el mensaje que tanto esperaba.

Un papel cambió de manos. Eudymos lo leyó con el ceño fruncido.

— Bueno —resopló—, habrá que descifrarlo... El secretario le entregó otro papel.

—Me permití hacerlo, señor.

Los ojos de Eudymos se posaron sobre la única palabra escrita en el papel.

—«¡Adelante!» —repitió a media voz. Miró a su secretario y sonrió.

—Ya estamos en marcha, Orkwos. Anda, envía la contraseña a los seis puntos clave.

—Ahora mismo, señor.

Eudymos pasó a un salón, en donde se sirvió una copa de vino, que saboreó lentamente. Después de vaciarla, la llenó nuevamente y contempló su contenido al trasluz.

—Buen vino el de la Tierra, ¿verdad? —dijo una voz sarcástica a sus espaldas.

El mercader se puso rígido.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Lanney, cazador.

Hubo un instante de silencio. Luego, Eudymos se volvió y miró fijamente al inesperado visitante.

—Eres listo —dijo a media voz.

—Más de lo que te imaginas. Orkwos está enviando ahora seis señales, pero no servirá de nada. Cuando tus seis cómplices viertan en los depósitos de agua potable el contenido de ciertas latas, lo único que conseguirán será aumentar en veinte litros de líquido inofensivo el volumen de esos depósitos.

—¿Qué estás diciendo? —rugió el mercader—. ¿A qué infiernos te refieres?

—No te hagas el desentendido. Lo sabes aún mejor que yo. Tu plan consistía en hacer que la población de las seis ciudades más importante bebiese el agua contaminada con un narcótico poderosísimo, tanto, que basta una simple gota en un millar de litros, para causar efectos en la mente humana.

Es una sustancia inofensiva, por otra parte, cuyos efectos duran entre siete y diez días, plazo más que suficiente para conseguir la obediencia de la mayoría de los terrestres. Cuando, al fin, se hubieran dado cuenta de su situación, ya no habrían podido reaccionar, porque la Tierra estaría ya ocupada por las tropas haphoritas y la invasión se habría consumado.

— Eso sucederá, de todas formas... —dijo Eudymos roncamente.

—No. El gobierno terrestre ya está advertido y tiene, además, la lista de todos tus agentes, a los que has ido infiltrando pacientemente durante años... durante el tiempo que Thavyra estuvo enferma.

—No sé de qué me estás hablando. Todo eso no son más que historias absurdas, sin fundamento alguno.

—¿De veras? Lo que está haciendo tu secretario. ¿Es también una fábula?

Lanney arrojó al centro de la estancia un fajo de papeles.

—La copia de tu plan de conquista —indicó—. Me lo entregó la propia Thavyra con las claves y contraseñas.

—¡Traidora! — rugió el mercader.

—No; una mujer agradecida al que le salvó de morir por vejez acelerada y que ha vuelto a recobrar su aspecto habitual. Ella acabó por contármelo todo, dándose cuenta de que había sido un maniquí sin discernimiento en tus manos.

—Si lo que dices es cierto puedo ponerla en un aprieto, porque tengo el permiso de invasión, firmado por ella...

—Todo el mundo la había visto convertida en una ruina y ahora vuelve a ser una mujer sana, equilibrada y atractiva. Cuando diga que lo hizo bajo narcosis, ¿quién dejará de creerla?

De repente, se oyó una voz:

—No te muevas, cazador —dijo Orkwos—. Tengo una pistola...

En el mismo instante, se oyó el estrépito de un jarrón que se rompía contra un cráneo. Luego se produjo el ruido de un cuerpo al caer a tierra.

—Continúa, cazador —exclamó Brunilda alegremente. Lanney se volvió un instante. Orkwos yacía en el suelo, sin conocimiento. Brunilda tenía ahora su pistola y sonreía con aire complacido.

—Gracias, Cenicienta —dijo Lanney—. Voy a continuar, aunque ya queda muy poco que decir.

CAPÍTULO XII

El semblante de Eudyrnos estaba gris de rabia. Todos sus planes se habían convertido en humo. Sus sueños de conquistar la Tierra hablan explotado como una simple pompa de jabón.

—Sé lo que estás pensando —continuó Lanney, tras un corto intervalo —. Tus proyectos se han esfumado y no podrás erigirte en el dueño de la Tierra, y mucho menos en el gobernador del 7º Hipersistema, que era lo que realmente ambicionabas. La conquista de la Tierra te habría otorgado un prestigio irresistible, que hubiera sido factor decisivo a la hora de nombrar un nuevo gobernador... naturalmente, una vez que Thavyra hubiese fallecido de vejez acelerada.

—¿Cómo diablos lo supiste? —gruñó el mercader.

—No era lógico que una mujer envejeciese tanto en cinco años y empecé a investigar. Pero ¿voy a explicarte a ti un plan que tú mismo ideaste, destituyendo a unos médicos honestos y sustituyéndolos por otros que actuaban a tu dictado? ¿He de mencionar también la vigilancia que tu hermano, el secretario personal de Tharyva, ejercía sobre ella en todo momento, cuidando, muy especialmente, de que no dejase de seguir el tratamiento que, en lugar de mejorar su salud, la estaba matando lentamente?

Eudyrnos alzó la barbilla.

— Bien, y ahora que, según parece, lo sabes todo, ¿qué piensas hacer?

—Tu hermano, cuando vio que el plan fracasaba, quiso eliminar a Thavyra por la vía rápida. Ahora está muerto.

—¡No es verdad! —gritó Eudyrnos—. Recibo regularmente sus mensajes.

—Tenemos las claves, las contraseñas... ¿por qué no usas un poco más la imaginación, mercader?

Eudyrnos parecía a punto de explotar de rabia. Lanney se dio cuenta de que había admitido su derrota.

Pero no le convenía fiarse. Eudyrnos podía resultar aún peligroso, se dijo.

—Tendrás que entregarte —añadió—. El gobierno de la Tierra decidirá qué se hará contigo, aunque, desde luego, no habiendo cometido todavía ningún delito, la pena que te impongan no será grave. Probablemente, te retirarán definitivamente la licencia para

comerciar con este planeta y te expulsarán, con prohibición de volver nunca más... y podrás sentirte satisfecho, porque en medio de todo, eso es salir muy bien librado de algo que en otros lugares te habría costado el pescuezo.

—¿Van a venir a arrestarme? —preguntó Eudyrnos.

—Por ahora, eso no debe preocuparte —sonó de pronto una voz atronadora.

Lanney se volvió en el acto. A dos pasos de distancia, Zelshold, el general haphorita, sonreía perversamente.

Zelshold sujetaba a Brunilda por la cintura, con la mano izquierda, en tanto que la otra se cerraba como una garra de acero en el brazo derecho de la joven.

—Hermosa, suelta la pistola o te haré astillas el brazo —ordenó el haphorita—. Cazador, si tienes un arma, déjala también.

—Zelshold, ¿cómo has llegado hasta aquí? —se sorprendió Eudyrnos.

—Te lo contaré luego. ¿No tienes un sitio donde guardar a estos dos pájaros?

—Claro —respondió el mercader.

Abrió la puerta de un armario y se echó a un lado. —De momento, pueden estar ahí —indicó.

Lanney vaciló un momento, pero se metió en el armario.

Zelshold empujó brutalmente a la joven.

—Luego hablaremos tú y yo, preciosa. Tenemos una cuenta pendiente, ¿recuerdas?

Ella no contestó. La puerta del armario se cerró y la oscuridad les envolvió instantáneamente.

—Oh, Rick —gimió—, ¿qué haremos ahora? Lanney le impuso silencio enérgicamente.

—Calla —ordenó—. Tenemos suerte de que la moda actual en arquitectura sea reproducir los edificios según los cánones de nueve siglos atrás. Y realizan unas reproducciones tan fieles, que hasta hay ojos de cerradura en las puertas.

Arrodillándose, aplicó la vista al ojo de la cerradura de la puerta tras la cual se hallaban recluidos.

* * *

— Está bien —dijo el haphorita—. Vamos a ver si hablamos seriamente de una vez.

—No tenemos mucho que hablar, general —repuso Eudymos.

—Oye, no he hecho un viaje tan largo para contentarme luego con una respuesta que no dice nada —protestó Zelshold—. Quiero que me cuentes todo sin ocultarme nada. Mis hombres empiezan ya a impacientarse, ¿sabes?

—Tendrán que aguantarse. Ya no hay invasión. El plan ha fracasado. A mí me expulsarán de la Tierra en cualquier momento y ya no podré volver más.

Zelshold se quedó con la boca abierta.

—No estás hablando en serio...

—Esto no es broma, general. La gobernadora ha recobrado la salud...

— Dijiste que estaba gravemente enferma, que no duraría un año.

—Alguien descubrió el pastel y suprimió radicalmente el tratamiento que le aplicaban unos médicos a los que había comprado. Ahora está sana como una manzana, ha recobrado la cordura y no quiere ni oír hablar de invasión.

— Entonces... no..., ¿no habrá botín?

—¿Era eso lo que te interesaba?

—Demonios, este planeta es como una bolsa de oro en medio del arroyo. Uno podría hacerse rico hasta más allá de lo imaginable...

—Pues ya puedes dejar de soñar, porque no te harás rico.

Es más, incluso convendría que enviases un mensaje a tu segundo comandante, para que inicie el repliegue de tus fuerzas a Haphor.

— Es decir, nos despides. Eudyrnos hizo un gesto de enojo.

—Eres un poco duro de mollera. ¿Cómo quieres que te lo diga, general?

El enorme pecho de Zelshold se dilató poderosamente. Su mano se crispó sobre la empuñadura de la espada que pendía de su cinturón.

— Muy bien, nos retiraremos, pero has de pagarnos la soldada acordada —dijo.

—¿Qué soldada? —preguntó el mercader.

—¡Por todos los diablos! ¿Es que has olvidado el contrato que firmamos? Yo tenía la obligación de poner diez mil soldados a tu disposición y tú te comprometías a pagar sus salarios desde el momento de la firma hasta el final de la campaña, con un mínimo de un año de honorarios. ¿Vas a negarte ahora a reconocer tu firma?

—General, aquí no tengo fondos suficientes. Contaba con las aportaciones de Thavyra, pero puesto que ella se ha separado de la sociedad...

—De modo que te niegas a pagarme.

Los ojos de Zelshold despedían llamaradas de cólera. Repentinamente, sacó su espada y la empuñó con ambas manos.

—¡Eh! — gritó el mercader—. ¿Qué vas a hacer?

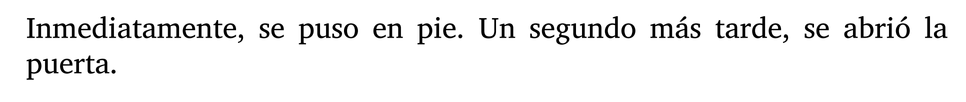
—Nadie se burla impunemente de Zelshold —gruñó el gigante.

La espada describió un relampagueante semicírculo. El grito de pavor de Eudyrnos quedó interrumpido bruscamente, cuando el acero lo partió limpiamente en dos, a la altura de la cintura.

Las dos mitades de aquel cuerpo cayeron al suelo. Lanney apartó la vista, acometido por unas horribles náuseas.

Nunca había visto nada semejante. Eudymos habla sido un hombre voluminoso, incluso robusto, pero el espantoso mandoble del haphorita lo había segado por la mitad, como si se tratase de un simple tallo de hierba.

Las imágenes se borraron súbitamente de su vista y supo que se debía a la proximidad del cuerpo de Zelshold.



Inmediatamente, se puso en pie. Un segundo más tarde, se abrió la puerta.

—Ven —dijo Zelshold.

Brunilda, aterrada, se aplastó contra la pared opuesta.

Zelshold alargó una mano y se apoderó de su muñeca.

—Una vez te dije que nadie se burla de mí impunemente y te lo voy a demostrar — bramó—. En cuanto a ti, cazador...

—Tengo dinero, mucho dinero —sonrió Lanney—. Llévate a la chica y cuando te canses de ella, ven a buscarme. Si entonces ves que te he engañado, tendrás tiempo de sobra para liquidarme.

Zelshold meditó un instante y luego asintió.

—Hay tiempo, en efecto —convino—. Vamos, preciosa; vas a saber ahora qué es un hombre de verdad.

Zelshold tiró de la mano de Brunilda, haciéndola dar un salto al salir del armario. El gigante volvió la espalda a Lanney.

Lanney conservaba aún la cerbatana, pero esta vez no usó narcóticos. Dos dardos de caza salieron con un breve intervalo de un segundo.

El gigante no pareció notar los pinchazos y continuó su camino, arrastrando literalmente a Brunilda, que chillaba frenéticamente. Lanney esperó unos momentos.

De pronto, Zelshold dobló las rodillas.

—¿Qué me sucede? —dijo, con ojos vidriosos—. Estoy perdiendo las fuerzas... Veo todo borroso ...

Lanney hizo saltar de una patada la puerta del armario.

Brunilda sintió que los dedos del gigante aflojaban la presión y se retiró unos pasos.

Zelshold cayó de bruces.

—Todo se hace negro... —gimió.

Lanney apareció y dirigió una silenciosa mirada a la joven. Luego volvió la vista hacia el enorme corpachón que yacía en el suelo.

—No sé qué le pasa… —dijo ella.

—Yo sí lo sé. Necesité una doble dosis; tenía un cuerpo demasiado voluminoso.

—¿Cómo?

—Disparé dos dardos de caza.

Zelshold había dejado ya de moverse. Lanney meneó la cabeza.

—Pero no puedo vender su piel —añadió.

— Entonces… por eso querías que me sacara del encierro… —tartamudeó la joven. —Quería que me volviese la espalda.

— Algunos dirían que lo has matado a traición.

Lanney rió amargamente.

—¡A ver si voy a empezar a arrepentirme de haberle disparado dos dardos! Seguramente, te habría gustado más convertirte en su presa, como te vaticinó en una ocasión.

—Hombre, Rick… —avergonzada, Brunilda hizo un gesto de aprobación—. No puedo reprocharte nada; sólo de pensar en lo que me habría pasado con ese horrible sujeto, se me ponen los pelos de punta.

—Bien —suspiró él—, todo ha acabado ya. No habrá invasión de la Tierra y este intento de hacer la guerra en corso ha terminado en fracaso.

—Cazador, ¿qué piensas hacer ahora? —preguntó ella.

—Todavía tendré que solucionar algunos problemas…

Cuestión de puro trámite, claro. Pero después… Por cierto, aún no me has explicado cuál era tu plan de invasión.

Brunilda se puso colorada.

—Mujeres —respondió.

Lanney respingó.

—¿Mujeres? ¿He oído bien? ¿Un ejército de amazonas, tal vez?

—No, hombre. Era un plan a largo plazo, calculado para varias generaciones. En Evorhyx-3 hay un ligero exceso de población femenina. La Tierra podría absorberlo sin dificultad...

—Ya, y dentro de unos cien años, los descendientes, pedirían la anexión al 7º Hipersistema.

— Lo harían voluntariamente, sin presiones de ninguna clase...

—Está bien ideado, pero yo no pienso esperar a que se realice.

—¿Por qué?

—Me marcho, Cenicienta. Vuelvo a Noratt-02. No olvides que soy cazador. Claro que ya no podré seguir cazando niryx, pero hay otros animales de piel casi tan buena...

Lanney se puso la mano en la barbilla con gesto preocupado.

—¿Y si ahora resulta que, en Noratt-02 todo animal de piel es inteligente? Sería mi ruina, Brunnie.

Ella se echó a reír.

—¿Por qué no me dejas acompañarte a comprobarlo?

Además, tenemos un buen amigo, Hussin...

—Ah, ya lo consideras amigo.

—Si lo es tuyo, ¿por qué no puede serio mío también?

El brazo del cazador rodeó la cintura de Brunilda.

—Cenicienta, te dije antes que acabarías conquistando la Tierra —le recordó.

—Sí, es cierto.

—Bueno, al menos, una minima fracción, que soy yo, naturalmente.

—Me conformo con esa mínima fracción —contestó ella cálidamente —. ¿Tardaremos mucho en viajar a Noratt-02?

—No lo creo. Tengo un documento de la gobernadora, en el que me nombra su representante personal. Hablaré con los miembros del gobierno y luego cederé mis poderes a un buen amigo que tengo

aquí… Una semana, dos, a lo sumo. Pero no todo el día me lo voy a pasar en discusiones de alta política. También aquí se puede salir de caza, encanto.

—En tal caso, empecemos ahora mismo —dijo Brunilda, con los ojos muy brillantes.

Echaron a andar hacia la salida.

—Ya no habrá invasión —dijo el cazador—. Todo el que quiera venir aquí, podrá hacerlo, siempre que sus intenciones sean pacificas.

—Aunque sean nativas de Evorhyx-3 en busca de marido terrestre.

—Eso ya no debe preocuparnos a ninguno de los dos —respondió él.

FIN